3 1761 09373025 7

3-6

LS
T1841

Tareas

DE UN

SOLITARIO

ó

NUEVA COLECCION DE NOVELAS.

306755
30. 11. 34

CON LICENCIA:

MADRID: *IMPRENTA DE* ESPINOSA.

1829.

AL SR.

D. Alejandro H. Everett,

Enviado Estraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de América cerca de S. M. C. etc. etc. etc. Se dedica respetuosamente esta obrita en testimonio de la consideracion y reconocimiento

DEL AUTOR.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/tareasdeunsolita00madr

INTRODUCCION.

Querria yo, lector benigno (tal quiera Dios que seas) conciliarme tu buena voluntad, y disponerte á mirar con indulgencia las páginas que siguen, antes que dés principio á su lectura. Para este fin no trataré de desarmar á la crítica afectando una humildad impertinente, é indicando yo mismo mis propios defectos; ni menos he de insinuar el mérito, ni ponderar el trabajo, de una obrita de tan poco bulto y tan superfi-

cial como la presente. Lo que sí haré es ofrecer á tu consideracion la circunstancia de que en un tiempo en que apenas se ven sino meras traducciones (por no decir malas) te presento en el género romántico una produccion original. Pero no lo es tanto que no pueda rastrearse el origen y semblanza de las ficciones que contiene, si se discurre por el vasto campo de la literatura, y se reconocen sus escondrijos. *Nil sub sole novum.* No obstante, si alguna vez he imitado, tambien he inventado otras, mas nunca traducido.

No se crea que al escribir estas

novelitas he aspirado á la gloria literaria: bien sé que esta no se alcanza por tan fáciles caminos; y el incógnito que guardo prueba cuán léjos me considero de merecerla. Tampoco me ha estimulado el interés; pues ¿qué beneficio podria resultarme de un trabajo tan humilde? Mi objeto solo ha sido el de agradar y divertir, y el de animar con mi ejemplo á los que con mas acierto y mejor pluma puedan cultivar este ramo, que en el dia va haciendo tan grandes progresos y tanta aceptacion tiene en la Europa.

Con este preliminar, y con tales títulos á tu benevolencia, me aven-

turo, lector discreto, á poner en tus manos este ensayo, esperando formarás de él un juicio favorable, y que si no puedes elogiarle por su mérito, le perdonarás á lo menos por su brevedad. Pero antes de pasar adelante, conviene referir una aventura que tuve en la Biblioteca Real, que aunque parece no tener analogía con el asunto principal, no deja de venir al caso, y podrá intitularse:

El Sueño.

Cum pia venêrunt somnia, pondus habent.
PROPERT.

Establecida últimamente la Biblioteca Real en su nuevo edificio, y abierta á la inspeccion del público, determiné un dia visitar este monumento de la literatura española, que tanto redunda en honor de la nacion y del Monarca que la rige.

Habiendo penetrado en este recinto, no pude menos de admirar la inmensa coleccion de libros que allí se habia reunido, su clasificacion acertada, la buena disposicion del local, y la urbanidad de los empleados. Al paso que discurria por aquellos espaciosos salones, pasando ligeramente en

revista los innumerables volúmenes que ocupaban los estantes, ponderaba la asombrosa fecundidad del ingenio humano, la facilidad de la imprenta, y las diversas formas, títulos y lenguas en que se reproduce el pensamiento. La gravedad del sitio, y el silencio que allí reinaba, me condujeron insensiblemente á la meditacion. Los grandes nombres que leía en el esterior de los antiguos y envejecidos tomos que cubrian las paredes, y la memoria que despertaban de escritores, célebres los unos y casi olvidados los otros, hacíanme creer que me hallaba en una catacumba literaria, en donde sepultados en polvo clásico yacían los autores como mómias, abandonados al reposo, al silencio y al olvido. Parecíame hallarme trasladado á las regiones de la antigüedad; y ya la imaginacion se perdia en las sombras de los pasados siglos.

¡Ah! dije, mirando al rededor, ¡qué

penosos estudios, qué largos desvelos habrán costado las obras que estoy viendo á los ingenios que las produjeron! ¡Cuántas noches sin sueño, cuántos dias sin descanso, pasarian sus autores en la soledad de sus aposentos ó en la reclusion de los claustros, lejos del trato social y de todos los placeres, engolfados unos en las sutilezas de la teología, y otros empeñados en los laberintos de la controversia académica! ¿Y todo ésto para qué?... para ocupar al fin un corto espacio en uno de estos estantes, para llenar un renglon en el índice de la Biblioteca, y para llamar, alguna vez por casualidad, la atencion de algun otro curioso como yo. ¡Hé aquí el fruto de sus tareas, y la suma de esa pretendida inmortalidad por la que tanto se afanaron! Su fama fue semejante á un metéoro que brilla por un momento, y luego desaparece sin dejar el menor rastro, ó como el estrépito del cañon,

que hiere nuestro oido, y en seguida se pierde en la inmensidad del aire.

De una en otra reflexion pasé á considerar la estension y riqueza de la literatura española, y el prodigioso número de ingenios que ha producido este suelo en todos los ramos de las letras. Meditaba la espresion sublíme y la suavidad de la noble frase castellana, recordando aquellos gloriosos dias en que, á la par de su poder político, estendia nuestra nacion sobre la mayor parte del orbe civilizado el influjo de su lengua y literatura. Al mismo tiempo me llenaban de confusion los ejemplos que me ocurrian de la indiferencia con que han sido tratadas algunas de las producciones mas sobresalientes de nuestros ingenios. Pero lo que mas escitaba mi indignacion, era el doloroso conocimiento que tenia de las depredaciones cometidas en los confines de nuestra literatura por los estrangeros; por esos hurones litera-

rios, que sepultándose en el polvo y telarañas de los archivos, y revolviendo montones de apolillados manuscritos, andan á caza de conceptos delicados, de aventuras y anécdotas ya casi olvidadas, para apropiárselas y presentarlas como nuevas. ¡Oh! y qué multitud de novelas afamadas y pomposas comedias podria citar, hijas verdaderas de este suelo, que vestidas á la francesa ó á la inglesa andan tan disfrazadas y desconocidas, que ya ni sus autores primitivos se atrevieran á reclamarlas.

¡Ah malandrines hechiceros! esclamé en el dolor de mi corazon, plegue al cielo llegue el dia en que se descorra el telon á vuestros tenebrosos hechos, y tengais que dar cuenta á Apolo de tantos plagios, de tan insignes latrocinios.

Sin duda oyó mis votos aquella deidad, pues habiéndome sentado reclinando la cabeza sobre uno de los

muchos tomos en fólio que contienen los escritos del Tostado, comenzó el sueño á apoderarse de mis sentidos; y ora fuese por el cansancio de la imaginacion, ora por las emanaciones soporíficas de aquella obra, lo cierto es que me quedé profundamente dormido. Mas lejos de descansar la fantasía, andaba recorriendo bulliciosa los antecedentes de la escena anterior.

Soñé, pues, que me hallaba todavía en la Biblioteca; y mirando hácia la puerta, me pareció ver entrar en la sala una procesion de figuras macilentas, tristes y desaliñadas, semejantes á las que campean en los aledaños del rastro, y tratan en el honorífico comercio de ropa vieja. Discurrian estos espectros por el salon, escudriñándolo todo, y de cuando en cuando cogian un libro entre las manos. Reparé que lo mismo era tocarle, que se convertia al punto en un vestido raro de moda antigua; y ellos escusando cere-

monias, procedian á equiparse de lo que mejor les parecia. Se me hacía notable que ninguno limitaba su codicia á un trage determinado, sino que quitaban una manga de aquí, un cuello de allá y una falda de acullá, completando por estos medios y á retazos su estrafalario vestido. Tambien era muy chocante el contraste que formaban los trapos del original con los atavíos que habian prestado; pues por entre las galas agenas se les descubria á todos miserablemente la pobreza propia.

Era cosa de ver como algunos, que parecian escritores polémicos, embestian sin temor de Dios con los antiguos Padres, y arrebatando al uno su venerable barba y al otro su voluminoso manto, se revestian de estos despojos, y querian echarla de sabios afectando una gravedad ridícula. Otros de estatura mas pequeña y que se martirizaban por parecer algo, andaban

revolviendo con una codicia estremada ciertos tratados de filosofía; y sacando á la ventura retazos de latin, remendaban con ellos las calzas, que por cierto las traian en el estado mas lastimoso. Otros de color quebrado y enfermizo, que debian de ser poetas, estaban zurciendo sus raidas sotanas con el hilo de oro que sacaban de unos vestidos de corte del marqués de Santillana. Uno de estos se engalanó bravamente á costa de un manuscrito iluminado; y metiéndose en el pecho un ramillete de flores que habia recojido, andaba muy ufano delirando sobre verdes prados y cristalinas fuentes.

En medio de aquella turba habia algunos no de tan mal trage y catadura como los demas. En uno de estos, por su aire cortesano, por la finura de sus modales, y por la suavidad de su lenguage, conocí desde luego á Mr. Le Sage. Este, llegándose á don Vicente Espinel, y haciéndole un

par de cortesías, le quitó politicamente el ferreruelo: en seguida alabándole el jubon y la gorguera, se los tomó ni mas ni menos; y por último, no pudiendo resistir á el atractivo del bonete, se lo caló tambien con las plumas que le adornaban. Dejando asi al pobre Espinel á buenas noches, él quedó tan galan y bizarro que parecia un español verdadero.

En esto ví un señor muy serio, que con paso teatral y dándose mucha importancia, se fue para Guillen de Castro, y creyendo aun hacerle mucho favor, le arrancó del lado la tizona del Cid, y se calzó las espuelas que le diera doña Urraca, sin perdonar la rodela, el casco, ni las manoplas. Armado asi caballero, se retiró con aire tan marcial, que creí fuese el mismo Rui Diaz de Vivar. ¡Escandalizado quedé cuando reconocí en este personage al célebre Corneille!....

Poco despues se presentó un ele-

gante muy pulido y perfumado, con sus humos de caballero y cierta condecoracion al pecho. Las señas no podian fallar, y eché de ver que era Florian. Este, sin gastar cumplidos, tomó por su cuenta al P. Ginés de Hita, y le arrebató el alfange de Boabdil, el caftan de Zoraida, y el turbante de Muley. Todas estas prendas se las supo acomodar de manera que parecia un legítimo Abencerrage.

¡Quién lo creyera! ni aun el bello sexo quedó al abrigo de la rapiña de estos intrusos; como que no faltaron algunos fabricantes de comedias que despojaron á doña María de Zayas de sus tocas y brial, dejándola corrida y avergonzada de la afrenta que la hacían.

¡Oh, númenes tutelares de las letras! esclamé en tono de desesperacion, admitid propicias el voto que pronuncio de vengar estos agravios, y de entrar á mano armada por casa de estos

estrangeros, asi como ellos lo estan haciendo con nosotros. No bien hube pronunciado estas palabras, cuando noté un ruido confuso, un vago movimiento en los estantes de los libros; y parando la atencion, ví con el mayor asombro que los tomos se salian de sus puestos, y que poniéndose de un salto en medio de la sala, quedaban incontinenti personificados en sus respectivos escritores. El furor se retrataba en sus semblantes, los ojos centelleaban de cólera, y á la voz de *suum cuique* arremetieron todos de tropel á la caterva de forrageadores; tanta era su impaciencia por recobrar las robadas prendas. Alarmáronse los delincuentes, entró la consternacion, y en un momento todo era confusion y tumulto.

¡Oh, quién en este momento me diera la pluma de Tito Livio ó la elocuencia de Marco Tulio, para referir las circunstancias, y ponderar los lances de tan gran suceso, de accion tan

peregrina! El primero en cuya cabeza se descargó el nublado fue Mr. Le Sage. Ya le andaban á los alcances Espinel, y otro que no conocí muy bien, pero me pareció ser Antonio de Solís, cuando llegó un Par de Francia, que poniéndose de parte de su compatriota, sacó la espada en su defensa. Un docto sacerdote español acudió á favorecer á sus paisanos; y en tal estado quizá la contienda hubiera concluido trágicamente, si en esto no hubiera intervenido otro estrangero ilustre y sabio, que sin mas armas que la razon y la fuerza de sus argumentos decidió la cuestion, y despues de haber examinado las pretensiones de ambas partes, pronunció á favor de los españoles. Dada la sentencia, se echaron los pretendientes sobre el pobre francés, y en breve lo dejaron desplumado y poco menos que desnudo.

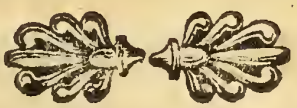
Mientras tanto, pasaba entre los otros la escena mas graciosa que ja-

mas vieron mis ojos. El P. Ginés, olvidando la gravedad de su estado, se avalanzó al señor de Florian, y de un tiron le arrancó media pelliza, y de otro fue rodando el turbante por los suelos. Guillen de Castro la emprendió valerosamente con el señor Corneille; pero este no tardó en apelar á la fuga, y viéndose perseguido de cerca, arrojó las armas del Cid para correr con mayor premura. Los demas contrarios de menos cuenta corrian despavoridos y desatinados delante de nuestros héroes que todo lo arrollaban. Allí se veía á los inseparables Boscan y Garcilaso, peleando juntos como Castor y Pollux, y difundiendo, donde quiera que llegaban, el terror y el espanto. Allí tambien Cervantes, con solo la mano que le quedaba, hizo mas proezas en este dia que en la batalla de Lepanto. ¡Qué estragos no hizo el terrible Calderon en las filas de los escritorcillos dramáticos! Pero donde mas

encendida andaba la batalla, y mas empeñados los combatientes, fue en un rincon de la sala, donde bajo un monton de papeles sueltos se habia escondido cierto colector de fárragos y misceláneas, que traía un vestido de tantos retazos y colores, que parecia un Arlequin. Eran tantas las reclamaciones que habia contra este cuitado, que entró la discordia entre los nuestros, y se trabó al rededor de él una contienda mas reñida que la que en otro tiempo se suscitó por el cadáver de Patroclo.

Derrotada ya la caterva de imitadores, causaba á un mismo tiempo risa y compasion oir los lamentos que exhalaban, y ver el afan con que procuraban tapar su desnudez con los harapos que les quedaban. Al verlos tan cabizbajos, tan corridos y ridículos, solté una carcajada, cuya vehemencia fue causa de que me despertase. Abrí los ojos, y me hallé como antes en la silenciosa soledad de la Biblioteca Real,

sin que de tan agradable ilusion quedase mas que la memoria. Pensativo y cabiloso me dejó la leccion que acababa de recibir; y recelando (por razones que yo me sé) no me sucediese á mí tambien algo de lo que entre sueños habia visto, dije en mi interior: *bonum est non hic esse,* y poniéndome prontamente en la calle, añadí: *sueños hay que verdades son.*



Matilde y Teodoro

ó

LOS GEMELOS.

El amor es un tributo,
y una deuda natural,
en cuantos viven igual,
desde el ángel hasta el bruto.
TIRSO.

Matilde y Teodoro, hijos de una de las familias mas ilustres de Sicilia, nacieron en la ciudad de Mesina, con la circunstancia de haber comenzado juntos la carrera de su existencia. Al paso que adelantaban en ella, iba el tiempo desplegando en los dos hermanos las mas estimables prendas físicas y morales; y el discurso de los años no hacia mas que añadir nuevas virtudes al alma, y al cuerpo nuevas gracias. Llegaron entrambos á ser la admiracion de los ancianos, y la en-

vidia de los jóvenes: Matilde era el modelo de las damas, Teodoro el espejo de los caballeros: aquella la mas hermosa de las mugeres, y este el mas virtuoso de los hombres. Por estas circunstancias, y singularmente por la maravillosa semejanza que habia entre ellos, vinieron los gemelos á ser el asunto de todas las conversaciones. Parecia que la naturaleza, haciendo alarde sus inagotables tesoros, no se contentó con manifestar al mundo, con este ejemplo, hasta dónde puede llegar la perfeccion humana, sino que tambien quiso fuesen estos modelos de los dos sexos tan iguales y parecidos, que no pudiese tener el uno sobre el otro presunciones de superioridad. En las facciones del rostro, en el talle, en el metal de la voz, y hasta en los ademanes, se notaba una identidad tan rigurosa, que á no ser por la diversidad de los trages, hubiera sido dificil distinguirlos: pudiendo decirse que

eran un cuerpo con dos vidas, ó una vida con dos almas.

Que los pretendientes á la blanca mano de Matilde eran muchos, y que las damas que en secreto suspiraban por Teodoro no eran pocas, bien se deja de entender; pero ninguno de los dos habia aun franqueado su pecho á los afectos del amor; y ámbos vivian libres asi de los placeres como de los sinsabores que trae consigo esta poderosa pasion, que estiende su dominio desde el régio alcázar hasta la humilde choza, y hace tributarios indistintamente á príncipes y á pastores. Mas vino un tiempo en que los padres de Matilde juzgaron á propósito tratar de la colocacion de su hija; y cediendo á las importunidades de tantos como solicitaban la posesion de este tesoro, entraron en deliberacion sobre el partido que debia admitirse; dando finalmente la preferencia á un caballero principal de Florencia, que se llamaba

Clotaldo, y que desde allí habia hecho diligencias á este efecto.

Sobresalia este sugeto entre los demas por sus grandes riquezas, por el número y esplendor de sus títulos, y por su influjo en la sociedad; pero no pasaban de aquí sus merecimientos, pues cuanto la fortuna anduvo pródiga, tanto fue con él mezquina la naturaleza. Ni su edad, ni su figura, eran lo que se merecia la jóven y sensible Matilde, que al entrar en la edad dorada de veinte años, se vió amenazada de una union que no podia menos de repugnar, pues ni aun conocia al Florentino sino por medio de un retrato. Pero asi lo habian resuelto ya los padres de Matilde; y sin consultar su corazon ni sus deseos, alucinados por las ventajas que parecia ofrecer este enlace, y ambicionando el engradecimiento de su casa, intimaron á su hija que se dispusiese á dar la mano al esposo que la habian elegido; no cuidando que el

cielo es quien dispone de las voluntades, y que en materia de amor el albedrío de la muger no reconoce el imperio de las leyes. En vano la afligida Matilde representó su repugnancia á esta union; en vano fue el pedir treguas vertiendo perlas por sus bellos ojos. Las lágrimas y los ruegos no sirvieron mas que de afirmar á sus padres en su propósito; y se procedió sin detencion á hacer los preparativos necesarios para que Matilde, conducida por Teodoro, y acompañada cual correspondia á su calidad, pasáse á Florencia á desposarse con Clotaldo.

Llegó el dia señalado para la partida de Matilde; y ya un bergantin velero, prevenido en la bahía, no esperaba mas que la preciosa carga que debia conducir para entregarse en brazos de los elementos. Levantóse una brisa favorable; y habiéndose embarcado los gemelos, dió la lúgubre voz del bronce la señal de levar el ancla,

y sueltas las velas al viento, comenzó el veloz navío á surcar la líquida campaña con viento largo y mar bonanza. Todo en un principio daba indicios de una próspera fortuna: mas, ¡oh inconstancia de las cosas humanas! apenas se vieron en alta mar, cuando empezó á cerrar el horizonte con negras y espesas nubes, que aglomerándose poco á poco, cubrieron el cielo de luto. El lejano trueno, y el vivo y frecuente rayo, tristes presagios de la próxima tempestad, anunciaban el trastorno de los elementos; y ya desencadenados todos los vientos, barrian con tal ímpetu el mar agitado, que levantándose en montes de espuma parecia querer competir con las estrellas. Entre tanto, la afligida nave, puesta en el mayor peligro por la furia impetuosa de las olas, y despedazadas las velas por las terribles ráfagas que las sacudian, andaba sin gobierno, perdida la derrota, y hecha el

juguete del huracan que la combatía. Cruge la arboladura, las gúmenas rechinan; y por último, arrancado de sus quicios el palo mayor por los vaivenes del buque, se precipita con estruendo en el mar. En vista de este fracaso, el aturdido piloto, amarrado al timon, exhorta y anima con roncas voces á la azorada chusma, que corriendo á una y á otra parte, ya procura desembarazar la cubierta, ya acude á la gabia, ya al trinquete; y entre ellos el animoso Teodoro da un ejemplo de valor y actividad. Atemorizadas las mugeres, prorumpen en dolorosos gritos, gime el cielo, el mar brama, y el espantoso trueno hace resonar la bóveda celeste con tal estrépito, que bastára á despertar la misma muerte.

Cerró la noche, lobrega y oscura, sin que cediese un punto de su braveza el temporal que corria, y durante toda ella andubo la embarcacion á palo seco, volando al través del golfo

impelida del viento y de las olas, que ya la dejaban pendiente de la cima de un precipicio, ya la bajaban tan rápidamente que parecia iba á sumirse en un abismo de agua. Apenas, al dia siguiente, empezó á rayar el alba con una luz opaca, cuando se hallaron sobre una costa herizada de rocas, contra las cuales rompia el mar con una furia espantosa. Dióse luego la alarma, y se hicieron los mayores esfuerzos para virar de bordo y ganar el barlovento; pero en vano: el naufragio era ya inevitable, y de allí á pocos momentos fue el desgraciado navío á dar al través contra las peñas, y abriéndose por medio se inundó de agua. En conflicto tan tremendo, y cuando parecia que no quedaba ya recurso humano, Teodoro, con una admirable presencia de ánimo, y ayudado de algunos marineros, arroja al agua la lancha, y tomando en brazos á Matilde consigue colocarla en ella. Pero ¡oh desgracia! ¡oh

dia de dolor! apenas habia puesto Teodoro los pies en el esquife, cuando un golpe de mar que sobrevino, le arrebató y sepultó en medio de las ondas. Lanzó Matilde un alarido; pero los marineros, sordos á sus voces y solo atentos á su propia conservacion, abandonan al triste á su suerte, y procuran á fuerza de remo arribar á tierra. En efecto, contra toda esperanza y por entre mil peligros, tuvieron estos pocos la dicha de alcanzarla. Sacaron á Matilde sobre la ribera, vencida de un mortal desmayo, del cual no salió sino muy despacio y con harta pena. Al abrir los ojos, preguntó por su hermano, y notando el silencio de los marineros y la tristeza de sus semblantes, conoció toda la estension de su infortunio, y comenzó el corazon á derretírsele por los ojos.

Entre tanto los compañeros de su desgracia trataron de registrar aquella tierra, pues ninguno conocia la cos-

ta donde la suerte les habia echado; y habiéndose internado hasta alguna distancia, llegaron con Matilde á una cabaña de pescadores. Estos buenos hombres, tan compasivos cuanto infelices, la recibieron con el mayor agasajo; y satisfaciendo á las preguntas que se les hacia, dijeron á los náufragos que aquella era la costa de Calabria, y que se hallaban en los dominios de Manfredo, duque de Salerno, cuyos méritos celebraron con el mayor entusiasmo. En este estado de cosas, entró Matilde en consulta consigo misma sobre el partido que debia tomar; y despues de algunos momentos de meditacion, formó una resolucion que aunque pueda parecer estraña, no dejó de ser muy propia de una muger de un espíritu elevado. Llamó aparte al mas anciano de los pescadores, y poniendo en sus manos una cadena de oro que casualmente traía consigo, le dijo: "Buen amigo, admitid esta cor-

ta fineza, y hacedme un servicio. Yo quiero presentarme en la corte de vuestro Príncipe: acompañádme hasta Salerno. Allí me vestiré de hombre; y con este disfraz iré á ofrecerme al servicio del duque Manfredo." Accedió el pescador á la proposicion, y juntos partieron para la capital.

Era Manfredo un Príncipe generoso, y señor tan noble por naturaleza como por su estado: era el ídolo de sus vasallos, el escudo de sus allegados, y el terror de sus enemigos. Su fama se habia estendido por toda la Italia, y aun fuera de ella, en la paz por la sabiduría de sus consejos, en la guerra por sus victorias. Hallábanse sus dominios en el estado mas floreciente, y en ellos reinaba una envidiable prosperidad: cuantos placeres proporcionan el poder y las riquezas, estaban á su alcance: la fortuna, tan inconstante para con otros, jamas le habia abandonado en sus empresas; y

finalmente, todo parecia que conspiraba á hacer á este Príncipe el mas dichoso de los hombres: pero en medio de todo esto Manfredo no era feliz. Una profunda melancolía devoraba su corazon, el contento habia desaparecido de su semblante, y ya llegaba á serle odiosa la existencia. Entregado á su dolor, lanza suspiros de fuego, de dia no descansa, y de noche huye el sueño de sus ojos; los manjares mas delicados le fastidian; la caza y el juego han perdido para él sus atractivos; y los discursos lisonjeros de sus cortesanos que tratan de divertirle, solo le sirven de enojo y pesadumbre. Manfredo, en fin, amaba sin ser correspondido. Este era el mal que padecia, ésta la pena que le aquejaba; y aquel que hasta entonces habia sido siempre dichoso, en amores halló su desventura: que el cielo no concede á los mortales ser en todo venturosos.

La hermosa Violante, condesa de Urbino, jóven, rica é independiente, acababa de entrar en posesion de sus estados por muerte de sus padres, de quien era hija única. Esta humana perfeccion, raro estremo de belleza, era la causa del amoroso cuidado del Duque, y el blanco de sus mas ardientes deseos. Cuantos medios pudo discurrir el mas sutil entendimiento, cuantos recursos supo dictar el amor mas ingenioso, fueron empleados por Manfredo para conciliar la voluntad de Violante, á quien anhelaba conducir á los altares, para hacerla en ellos la ofrenda de su persona y soberanía. A este efecto se prodigaron sucesivamente en su obsequio finezas, fiestas y torneos; y la música y la poesía, lenguage verdadero del amor, uniendo sus atractivos, solicitaban á porfia, aunque en vano, humanizar á esta cruel cuanto hermosa criatura. La memoria de sus difuntos padres, y el do-

lor que su pérdida la causaba, prevalecian harto imperiosamente en el pecho de Violante, para que diese entrada en él á ningun otro sentimiento. Recogida en su aposento, y sola con su tristeza, vivia la de Urbino muy descuidada del amor, é indiferente asi á los méritos del Duque como á sus quejas y pretensiones. Las embajadas no eran recibidas, los papeles eran devueltos; y todas sus tentativas no hacian mas impresion en ella, que los embates del mar en la roca en que se estrellan.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas en Salerno, cuando llegó á esta capital nuestra peregrina. Desde luego trató de llevar á efecto el plan que habia concebido; y desprendiéndose de algunas joyas que la quedaban, compró un vestido de hombre, el cual, por un efecto del amor que tenia á su hermano, quiso fuese lo mas parecido posible al que Teo-

doro solia llevar. Si en los hábitos propios de su sexo era Matilde hermosa como ninguna, ahora vestida en trage varonil, parecia un bellísimo jóven, airoso y gallardo cuanto se puede encarecer. Dirigióse Matilde al palacio ducal, donde solicitó una audiencia del Príncipe, y no tardó mucho en ser admitida á su presencia. La timidez propia de una muger, y la consideracion del papel que representaba, la causaron alguna turbacion, y por de pronto no acertó á pronunciar palabra. Notando el Duque este embarazo, la habló afectuoso preguntándola qué motivo la habia traído allí. A esto poniendo en el suelo una rodilla, respondió Matilde: "Mi suerte, señor, que no sé si la llame adversa por los trabajos que pasé, ó venturosa por la dicha que ahora gozo al ver el Príncipe mas famoso que celebra la Italia, es quien me ha conducido á vuestros pies."

"¿Y qué pretendes?" dijo el Duque.

"Ser un esclavo vuestro, y serviros con el alma y con la vida."

"¿Quiénes son tus fiadores?"

"El cielo, y el honor de un caballero."

"¿Tú nombre?"

"Teodoro."

"Levanta pues, Teodoro, dijo el Duque, que de hoy mas eres uno de mis pages, y en breve, si no me engaño, te veras distingido entre tus compañeros; pues si el rostro es el índice del alma, la tuya ciertamente no puede menos de ser noble y generosa."

La diligencia y solicitud con que la discreta Matilde servia al Duque, la grangearon en pocos dias su favor y confianza; y ya en palacio se consideraba al nuevo page como el privado y favorito de su señor. Matilde, por su parte, contemplaba con admiracion las virtudes de Manfredo, escuchaba complacida sus elogios, y en su corazon le conservaba un profundo reco-

nocimiento por los favores con que la habia distinguido. Pero, ¡ay! que entre tanto su incauto pecho se habia ido abriendo insensiblemente á otros y diversos sentimientos: la gratitud se convirtió en aficion, y esta en breve tiempo vino á ser amor: de suerte, que sin echarlo de ver, y cuando ya no habia remedio, se halló sujeta al dominio de una pasion violenta.

Pensativa andaba Matilde, procurando combatir una inclinacion tan peligrosa, cuando para mayor confusion, la mandó llamar el Duque un dia, y despues de comunicarla su amor hácia Violante, y los desdenes que de ella habia sufrido, la dijo: "En esta ocasion conoceras, Teodoro, cuanto fio de tu fidelidad y talento; y pues ya estas instruído de todo lo que pasa en lo mas íntimo de mi pecho, y de cuanto interesa á mi felicidad y aun á mi vida la posesion de esta hermosura cruel, acude, vuela de mi par-

te á su presencia; y si te negaren la entrada, insta, ruega, porfia; y fijando la planta en sus umbrales, diles que primero ha de echar allí raíces que la muevas para volverte sin una audiencia. Y cuando te la concedan, entonces, Teodoro querido, desenvuelve toda la historia de mi amor, pondera sus excesos, sorprendela con la elocuencia de tus discursos, y obligála á corresponder á mi pasion. Tú solo eres capaz de esta empresa; tu juventud y tus gracias te aseguran el triunfo; y en tu boca la relacion de mis penas será infinitamente mas eficaz que en la de otro mensagero de mas grave aspecto."

Con esto se retiró Matilde para cumplir con su encargo; pero en cuanto se vió sola, prorumpió en quejas contra su suerte, y triste, zelosa y amante, decia: "¡Cielos! ¡no bastába para mi desengaño ver entregadas al viento mis esperanzas, y empeñados en otra

parte los afectos de que queria ser dueño, sino que tambien he de servir de tercera á mi rival! ¿Y he de ser yo quien solicite mi propio daño? ¿tal consiente mi amor? ¿á tanto obliga la lealtad? Pero ya que esto ha de ser, veámos á Violante; quizá de ella aprenderé el secreto de agradar á Manfredo, entre tanto que la fortuna vuelve su rueda, y el tiempo restituye las cosas á su verdadero estado."

Habiéndose pues, presentado en casa de la Condesa, pidió Matilde, en nombre del Duque, hablar con esta señora; lo que pudo conseguir, aunque no sin mucho trabajo, y despues de una prolija importunidad. Halló el fingido page á Violante retirada en su gabinete, vestida de luto, y echado sobre la cabeza un velo, que sin ocultar del todo sus perfecciones, moderaba su resplandor, bien asi como una ligera nube que anteponiéndose á la luz del sol, mitiga la viveza de sus rayos.

Despues de haberla saludado del modo mas cortes y respetuoso, empezó Matilde á hablarla del amor del Duque; pero Violante á las primeras palabras le atajó el discurso, diciendo: "No os canseis en hablarme del Duque ni de sus amores, que será tiempo perdido. Conozco sus méritos, su valor y su talento: confieso que su figura es agradable, que su edad es conveniente, y le estimo lo que me quiere; mas yo no puedo corresponderle. Otros son los cuidados que ocupan mis pensamientos; y en fin, no ha de tener mi voluntad otro dueño que yo misma. Esto, que ya antes he dicho al Duque, repetídselo vos, y sea de una vez para siempre."

"Mirad, señora, replicó Matilde, que es tanto lo que el Duque os ama, que ha de costarle vuestra insensibilidad el juicio cuando no la vida. Si viérais como entre lágrimas y suspiros se queja, y fatiga al cielo con vuestro nom-

bre, si supierais el fervoroso estremo con que os adora, sin duda cesaria tanto rigor, y pagaríais con alguna fineza sus desvelos; dando asi nueva vida al Duque, mi señor, á quien todo el mundo ama, al mas fino de los amantes, al mejor y mas noble caballero."

"¿Tanto le amais vos, señor page?" dijo Violante.

"Y aún mas, respondió Matilde, de lo que he dicho ni vos podeis pensar."

"¿Habéis estado enamorado alguna vez?"

"En mi vida quise á muger alguna."

"Bien puede ser, dijo Violante, que sois todavía muy jóven."

"¿Y qué respuesta, añadió Matilde, me dais, señora, para el Duque?"

"Dejad al Duque, replicó Violante, y habládme de vos mismo." Y al decir estas palabras, alzó el velo, descubriendo un rostro de una hermosura tan perfecta, que solo la de nuestra Siciliana la pudiera igualar. Suspi-

ró Matilde al mirar tanta belleza, juzgando seria en vano competir con Violante, cuanto mas substituirla en los afectos del Duque; pero haciendo un esfuerzo para disimular su turbacion, dijo, con semblante mas sereno y animado: "¿Será posible, señora, que querais llevar al sepulcro tantas gracias sin dejar una copia al mundo?"

"Halagueño estais, señor mensajero, respondió Violante, pero mas quiero lisonjas de vuestra boca que verdades de la de vuestro dueño."

"Ved, señora, dijo Matilde (á quien iba ya cansando esta conferencia y el tono que tomaba Violante) ved si me dais para el Duque alguna señal de correspondencia, para que yo con vuestro permiso...."

"Eso es lo que no puedo conceder, dijo la Condesa, y aun menos ahora que antes; pero, ¿cómo os llamais."

"Teodoro."

"Pues ya, Teodoro, que os quereis ir (siguió diciendo) advertid á vuestro dueño que ninguna satisfaccion puedo dar á sus quejas, ninguna esperanza á sus pretensiones, ni oidos á sus embajadas, á no ser que vos vengais con ellas, pues siempre para vos será la entrada franca."

Parecióle á Matilde que habia ya desempeñado su comision, y despidiéndose de Violante, se salió de allí para volver á palacio. No bien habia andado algunos pasos, cuando vió venir corriendo á su alcance un criado de la Condesa, que presentándola un diamante, dijo: "Tomad, señor Teodoro, vuestro anillo, que por órden de mi señora os devuelvo; pues ella no ha menester regalos vuestros, ni los quiere recibir, por mas que os empeñeis en ofrecérselos."

"¡Qué regalos! ¡qué anillo! esclamó Matilde, yo jamas...."

"Ea, señor, dijo el criado, no os ha-

gais el desentendido, y tomad vuestro diamante, que sino en el suelo lo dejaré para que lo recojais si quereis."

Quedóse Matilde con el anillo, y no sabiendo como esplicar un suceso tan estraño, hacia mil discursos para averiguar la intencion de Violante. Pero recordando luego la conversacion que acababa de tener con ella, y ciertas espresiones equívocas que ésta habia usado, llegó Matilde á sospechar que su vista habia hecho alguna impresion en el pecho de Violante, y que en ella tenia el amor un nuevo vasallo.

Asi era la verdad, porque Violante, mirando al pretendido Teodoro, habia bebido por los ojos aquel sútil veneno que inficiona las almas y ofusca los sentidos: rindióse su condicion altiva, la razon perdió el dominio, y empezaron á reinar los deseos. "¡Qué novedad es esta! se decia la cuitada, ¡qué sensacion, para mí tan nueva y desconocida, es la que ahora agita mi

corazon! ¡será posible que un forastero, un hombre humilde y advenedizo, haya venido á turbar mi sosiego, y á quitarme el discurso y la razon! ¡Ay Dios! ¡qué es de mi firmeza y de mi orgullo!"

Tales eran las reflexiones de Violante, en tanto que Matilde, no menos confusa y cuidadosa, se dirigia á palacio para dar cuenta al Duque de su comision. La impaciencia con que Manfredo esperaba noticias de Violante, hacia que le pareciesen siglos los momentos que tardaba su mensagero en volver con la respuesta. Presentóse al fin Matilde; y respondiendo á un tropel de preguntas que en un instante la hizo el Duque, dijo: "Creed, señor, que no ha sido poco haber conseguido hablarla. Por lo demas, ningun alivio os traigo en vuestra pena, ni esperanza á vuestro amor. No es mas frio el yelo, ni el mármol es mas duro, que el corazon de Violan-

te. Sorda á mis instancias, é insensible á mis ruegos, ni quiere corresponder á vuestro amor, ni admitir vuestras finezas."

"¡Eso dice la cruel! ¡y tú, necio, te atreves á referirlo! dijo el Duque; pero la culpa tengo yo, pues quise confiar mi causa á quien no supo sostenerla con el ardor y la energía que...."

"Ah, señor (dijo Matilde interrumpiendo á Manfredo) aun ahí es donde mas obligado me debeis de estar; que es mas lo que he hecho de lo que pensais. Pero olvidad á una ingrata, quizá en la corte hay dama de tanto mérito y tan noble como ella, que se tuviera por dichosa si mereciese vuestra atencion."

"Es un sexo falso y fementido, dijo el Duque; el verdadero amor huyó de la tierra, y por lo que toca á las mugeres, son mas los pesares que nos cuestan que las satisfacciones que proporcionan."

"Esto mismo, replicó Matilde, pudieran ellas decir de nosotros, y no faltarian ejemplos para confirmarlo. Una hija tuvo mi padre que amaba en secreto á un caballero (asi como yo, si fuese muger, pudiera amaros á vos) pero nunca descubrió su amor; y sin querer decir jamas lo que sentia, se dejaba consumir al fuego lento de su pasion, de la misma suerte que á los ardientes rayos del sol se ablanda la cera y se derrite."

"A compasion me mueve lo que me cuentas, dijo el Duque. Si tal hiciera por mi una muger, yo la correspondiera y la amára; pero por tu vida que me digas, Teodoro, si aun puedo esperar algun favor de Violante."

"Su licencia tengo, respondió Matilde, para volverla á ver."

"Pues vuelve, dijo el Duque, á hablarla, mientras que yo torno á padecer y á gemir."

Considérese la repugnancia y el

disgusto con que Matilde intentaria de nuevo una empresa que sobre ser difícil, era tan opuesta á sus intenciones y deseos. Por una parte se le hacia muy duro dar armas á un enemigo, y por otra, cualquier sacrificio le parecia poco cuando se trataba del bien de Manfredo. A esto se añadia que el empeño ya no se reducia solo á inclinar la voluntad de Violante á favor del Duque, sino á combatir tambien la pasion que ésta parecia haber concebido por ella tan ciega y repentinamente. No ofreciéndose otra alternativa, volvió Matilde á presentarse en casa de la Condesa, y de ella fue recibida con el agasajo que se puede presumir. Empero no dejó Violante de manifestar á su vista alguna turbacion; y asomándose á sus mejillas un ligero sonrojo, se descubrió el recelo que tenia de haber comprometido su decoro con los pasos que habia dado.

"Bien será menester, señor Teo-

doro, dijo Violante, toda la generosidad de un alma tan noble como la vuestra, para no dar una interpretacion poco favorable á las esplicaciones que ayer tuve con vos, y á la determinacion, que tomé de enviaros un diamante, que no fue sino una escasa espresion del aprecio que me mereceis; y Dios sabe si quisiera daros otras y muy mayores pruebas de mi estimacion."

A esto respondió Matilde en términos generales, pero con mucha cortesía, agradeciéndola sus finezas, y acabó por hacer recaer la conversacion sobre las pretensiones del Duque. Pero Violante no tardó en interrumpirla como la otra vez, diciendo: "Desistid ya, Teodoro, de ese empeño; pero entended que si otra fuese vuestra pretension, la escucharia complacida, y no habria música mas grata á mis oidos que los acentos de vuestra boca. En fin, ya no podeis ignorar mis sen-

timientos, harto declarados están, no querais exigir mayores sacrificios á mi recato y delicadeza, y ved si os está bien que mediante una union sagrada...."

"¡Qué decís! señora, respondió Matilde, ¡una union entre nosotros! No hay poder humano que la pueda efectuar: es un imposible que el cielo mismo no pudiera vencer sino por medio de un milagro: ademas, no creais que en mi pecho quepa tanta ingratitud al Príncipe mi bienhechor."

"¿Así pagas mí ternura? dijo Violante, ¿es éste el galardon de mi cariño? ¡Ingrato! Mira si es bien que tras de haberme robado la paz del alma, añadas ahora á tu rigor el desden y el menosprecio. Aspid que abrigué en mi pecho, monstruo.... pero no, mí bien, mí amado Teodoro (dijo mudando de tono y con una espresion amorosa) duélete de mis lágrimas, y no desatiendas los ruegos de una mu-

ger principal que enamorada y rendida solicíta ser tu esposa, tu amante, y tu esclava."

"Lástima me dais," dijo Matilde.

"Tendrélo por principio de amor, dijo Violante, pero prosigue, habla, y confirma de una vez mi felicidad ó mi muerte."

"Ya dije en otra ocasion, respondió Matilde, que jamas habia amado á muger alguna, y ahora os juro que ninguna será dueño de esta mano."

Aquí fue cuando Violante, saliéndose de sí de cólera, prorumpió en esclamaciones de dolor, en invectivas contra Teodoro, y en quejas contra su suerte. Matilde, temerosa de la tempestad que habia suscitado, se retiró prontamente, dejando á la Condesa entregada á los tormentos de la desesperacion y de los zelos.

Volvamos ahora á Teodoro, á quien, despues del naufragio, dejamos sumerjido en el mar luchando con la

muerte, y tan cercano á ella, que á no haber sido tanto su valor y su destreza, no se librára de sus garras. Despues de haber hecho una larga resistencia á los embates de las olas, y cuando ya las fuerzas le iban faltando, tuvo la dicha de encontrar cerca de sí una gruesa tabla, resto del destrozado navío, y asiéndola ansiosamente, logró ponerse encima de ella, quedando cual otro Arion sobre la espalda de un Delfin. De esta suerte andubo navegando peligrosamente por un mar alborotado y sembrado de escollos, hasta tanto que el impulso del viento y de la marejada le arrojó sobre la playa. A ella llegó Teodoro yerto de frio, rendido y sin aliento: pero se contempló al fin dichoso en volver á pisar la tierra firme; y dando gracias al cielo de haberle sacado de trabajo tan inmenso, se alejó de allí para buscar en tanta necesidad algun socorro. Tomando á la ventura la primera senda que se

le ofreció, vino á parar á una quinta que habia en aquellas cercanías. Aquí, habiendo hecho la relacion de su desgracia, fue Teodoro recibido con una piedad generosa; y observáronse con él cumplidamente las leyes de la hospitalidad. Restaurado ya de sus fatigas, y cuidadoso de la suerte de su hermana, se dispuso Teodoro á partir para Salerno, con la esperanza de adquirir noticias de Matilde. Despidióse pues de sus compasivos huéspedes con demostraciones las mas espresivas de reconocimiento, y se dirigió á esta capital.

Entre tanto la infeliz Violante, ofendida pero enamorada, procuraba arrancar de su corazon la amorosa flecha que le atormentaba, sin que tuviesen sus esfuerzos otro efecto que el de profundizar la herida. Absorto el pensamiento en el supuesto Teodoro, no cesaba de revolver en la imaginacion los medios de reducir á este in-

grato y de hacerle sensible á la pasion que la dominaba. Por último, se resolvió á escribirle; y siguiendo esta intencion, puso una carta cuyo estilo se resentia no poco de la exaltacion de su espíritu, y que á vueltas de súplicas y reconvenciones respiraba espresiones de ternura y amenazas de venganza.

Precisamente á esta sazon y cuando un criado de Violante se dirigía á palacio para entregar á Matilde la carta consabida, llegó nuestro peregrino á Salerno. El criado, habiéndole visto al atravesar una calle, creyó haber hallado la persona que buscaba: y no era mucho que cayese en este error, atendida la asombrosa semejanza que habia entre los dos hermanos. Asi es, que dirigiéndose á Teodoro, y saludándole por su nombre, le presentó la carta, y le suplicó de parte de su señora fuese él mismo á darla verbalmente la respuesta. No fue pequeña la sorpresa de Teodoro al recibir este

recado, pues consideraba que no podia haber en Salerno persona alguna que le conociese; pero viendo que el sobrescrito del papel traia su nombre, se resolvió á abrirle, y quedó mas confuso al leer su contenido. Reflexionando despues que esto debia de ser una equivocacion, dijo al portador de la carta, queriendo devolvérsela, que él no era el sugeto á quien iba dirigida, y que en su vida habia tratado á la condesa de Urbino. Pero el criado, que creia estar cierto de su hombre, de ninguna manera se quiso volver tan mal despachado, y no cesó de importunarle para que le acompañase á casa de su señora, hasta que Teodoro, cediendo á tanto empeño, y dejándose tambien llevar de la curiosidad que tenia de ver el fin de esta aventura, consintió en ir con él, y le fue siguiendo hasta entrar en casa de Violante.

Apenas anunciaron á Teodoro, cuando alegre y presurosa salió Vio-

lente á recibirle: y creyendo siempre ver al mismo á quien amaba, dijo: "Bien venido seas, Teodoro, pues con tu vista restituyes al alma el contento que le faltaba, y que tan violenta vivia sin tí cuanto ahora alegre al volverte á ver. Dichosa yo, si es que el cielo ha efectuado en mi favor alguna mudanza en tus sentimientos." Esto decia Violante, que nunca habia parecido mas hermosa que en aquella ocasion, en tanto que Teodoro, sin hacer mucha atencion á discursos que no comprendia, contemplaba embelesado la incomparable belleza que veía. Sintió en el pecho una conmocion inesplicable, el corazon parecia haber sostenido un golpe eléctrico; y el contagio del amor, cundiendo rápidamente, contaminó tambien al hermano de Matilde: siendo todo esto obra de tan pocos momentos, que pudiera decirse de él, que vino, vió y amó.

Violante, que esperaba una decla-

racion lisonjera de parte de Teodoro, impaciente por el silencio que este guardaba, volvió á hablarle en términos aun menos inteligibles que los primeros. Teodoro entonces, saliendo de su distraccion, dijo: "Perdonad, señora, si antes no he acertado á responderos; pero no era fácil que mi discurso hallase en el momento espresiones de agradecimiento proporcionadas á los favores que me dispensais; ademas, que siendo esta la primera vez que mis ojos tienen la dicha de veros, se me hace tan nuevo y estraño lo que me decís, que me parece un sueño cuanto me pasa."

"¿Esto mas tenemos? esclamó Violante; ¿ahora finges desconocerme? ¿pues qué, no eres tú Teodoro? ¿tu patria no es Mesina? (y á todo esto decia Teodoro que sí) pues, ¿cómo ahora pretendes....? ¿pero qué necia soy! (añadió la de Urbino) ya conozco tu intencion: con este afectado ol-

vido quieres disimular tu trato esquívo y asegurar mi indulgencia; pero baste ya, y pues yo no formo quejas, deja tu de formar disculpas, y todo desde hoy sea paz entre nosotros hasta alcanzar el término venturoso que nos espera."

Teodoro, que hasta entonces habia estado fluctuando entre dudas y esperanzas, no pudo disimular el regocijo que causaron en su alma las últimas palabras de Violante, á quien amaba ya con exceso, y echándose á sus pies, dijo: "Tan escasas han sido mis dichas últimamente, que apenas me atrevo á creer que esta sea verdad: pero si en efecto el cielo y vos, señora, me permitís que pueda aspirar á vuestra mano, aquí á las áras de vuestra hermosura os juro una fé firme y constante, y ofrezco el sacrificio de mí persona, de mí libertad y de mí vida."

"Esta es mi mano," dijo Violante.

"Y yo la acepto," dijo Teodoro, po-

niendo en ella con sus amorosos labios el sello de tan feliz contrato.

Antes que el sol de aquel dia retirase de la faz de la tierra sus resplandores, quedó celebrada esta union, y desposados felizmente Violante y Teodoro.

No pudo efectuarse este enlace con tanta prontitud y sigilo, que no llegase en aquel mismo dia á los oidos del Duque esta noticia. Se le anunció que Teodoro, su fiel Teodoro, el distinguido entre todos los de palacio, habia abusado de su confianza, habia cometido la traicion mas negra, le habia arrebatado la prenda que mas queria; y en fin, que estaba casado con Violante. Asi como en un dia sereno del otoño, cuando la naturaleza descansa en una paz profunda, y el cielo se viste de azul y grana, cuando el mar depone su braveza, y la tierra respira olores, suele de improviso sobrevenir una turbonada que todo lo arrasa, todo lo destruye, y alterándose tan dulce

calma, las galas se vuelven luto, y la alegría se torna en confusion, asi el Duque sorprendido con esta nueva y mudando al parecer de condicion, se volvió de apacible y generoso en iracundo y vengativo, y abandonándose á los impulsos de la cólera mandó que vivo ó muerto le trajesen á Teodoro á su presencia.

La inocente Matilde, muy agena del peligro que la circundaba, se presentó francamente á los ojos de su Príncipe; pero éste con semblante airado y voz terrible, le dijo, en cuanto la vió: "¡Traidor! ¡erés tú el que atropellando respetos, y olvidándo beneficios, me has robado la prenda de mas precio que el mundo encierra! Niega si te es posible un hecho tan atroz; niega, fementido, que eres esposo de Violante, ó preparate á dejar aquí la vida en pago de tu alevosía:" y al decir estas palabras, requirió la espada con cierto aire amenazador que no dejó de ate-

morizar á nuestra heroina. Mas ella sin dar un paso atras y volviendo por su honor, respondió al Duque con la entereza y elocuencia que inspira la verdad; y aunque nada le hubiera sido mas fácil que darle en el acto el desengaño mas completo, no fue menester; pues la fuerza irresistible de aquella noble virtud bastó por sí sola á satisfacer al Duque de la inocencia de Teodoro. No obstante, importaba deshacer una equivocacion que habia sido causa de tanto disgusto, y averiguar los hechos para mayor satisfaccion de Manfredo; y Matilde, habiendo obtenido su permiso para hacer esta diligencia, partió apresuradamente para verse con la condésa de Urbino.

Admitida Matilde en casa de la Condesa, viéronse reunidos Teodoro, Matilde y Violante, con no poca sorpresa de los tres. Estuvieron por un rato mirándose mutuamente sin acabar de comprender un suceso tan estraño. La

admiracion entre tanto obró en cada uno de diverso modo. Matilde veía con asombro el vivo retrato de un hermano que tenia por muerto; y este contemplaba embelesado en la persona de Matilde un trasunto de sí mismo, sin echar de ver, por razon del trage que la disfrazaba, que fuese la hermana que habia perdido; al paso que Violante, con mas confusion que todos, veía dos teodoros tan iguales y parecidos, que no acertaba á saber cuál fuese de los dos el suyo. Matilde fue quien primero rompió el silencio, y mirando á Teodoro, dijo: "Sino hubiese visto perecer á mi hermano ante mis ojos, dijera que erais Teodoro." "Y yo, esclamó Teodoro, si os viera en otro trage creeria que erais Matilde." Con esto se reconocieron los dos hermanos, y celebraron tan feliz encuentro con mil demostraciones de afecto, en que tomó no poca parte la condesa de Urbino, quien desde luego co-

bró tanto cariño á su nueva hermana, que no permitió se sepárase un momento de su lado. Ni fueron menester muchos ruegos para detenerla; pues ocupada esclusivamente con la novedad de un suceso tan satisfactorio, ya Matilde apenas se acordaba de Manfredo, y por una vez pudo mas la fuerza de la sangre que un amor recien nacido.

Entre tanto el Duque, viendo la tardanza de su page, entró nuevamente en recelo; reanimáronse unos zelos mal apagados; y entre dudas y sospechas resolvió ir en persona á la casa de Violante. Así lo efectuó al momento, y al entrar en ella, el primer objeto que se le presentó fue el verdadero Teodoro, que teniendo la mano de Violante se la llevaba á los labios con un entusiasmo mas propio de amante que de esposo. A la vista de esta escena, el Duque, encendido en cólera, se arrojó sobre Teodoro, y viéronse en

un instante relucir las espadas de uno y otro. Echóse por medio la Condesa, y protestando vivamente al Duque que las apariencias le engañaban, ofreció en el acto mismo darle una satisfaccion completa.

Poca dificultad hubo en apaciguar al generoso Manfredo; y habiéndose retirado Violante, volvió de allí un momento conduciendo de la mano á Matilde, vestida ya con el trage propio de su sexo, y tan hermosa como puede imaginarse, pero no describirse.

"He aquí vuestro page infiel," dijo Violante, dirigiéndose al Duque y presentándole á Matilde, "saciad en este objeto vuestra venganza."

Maravillado de lo que veía, quedó Manfredo inmóvil con los ojos clavados en la belleza de Matilde; pero reconociendo luego en sus facciones á su fingido Teodoro, llegó á entender todo el mérito de los sacrificios que aquella habia hecho en su obsequio, y el

amor que le tenia. Una nueva pasion entró á reinar en el corazon del Duque, escluyendo á la que hasta entonces habia alimentado; y dirigiéndose á Matilde: "Perdóname, dijo, muger incomparable, el error en que he vivido: y si es verdad que he merecido algun lugar en ese pecho, esta es la ocasion de hacérmelo conocer, dándome la mano de esposa para colmo de mi felicidad.»

Ya se deja discurrir con cuanto gusto seria admitida esta proposicion; y aquí fue cuando Cupido disparó el arpon postrero, y la fortuna dió fin á sus caprichos; pues habiéndose celebrado tan feliz enlace, cesaron las aventuras de Matilde y Teodoro.

EL SERRANO
de las Alpujarras.

¡Magnanima menzogna, or quando é il vero
Si bello che si possa a te preporre!
PULCI.

Son muy conocidas las montañas de las Alpujarras, famosas en la historia como que fueron el teatro de la sangrienta y dilatada guerra que sostuvieron los Moriscos contra el segundo Felipe. Los habitantes de estas sierras conservan hasta el presente tradiciones muy curiosas de sucesos ocurridos en aquellos contornos, de combates, hazañas, y grandes hechos de armas. Aun saben señalar el sitio mismo donde halló la muerte el intrépido don Alonso de Aguilar, cuando puesto de

espaldas contra un peñasco, hizo frente á un enjambre de moros, matando muchos de ellos antes que sucumbiese á la multitud que le acosaba: aquí enseñan los Silos en que los Africanos depositaban sus municiones y pertrechos de guerra; allí la cueva misma que sirvió de albergue al desventurado Aben-Humeya, cuando la fortuna le fuera adversa. Todo en este territorio clásico respira historia, todo recuerda los tiempos de la caballería, y las pasadas glorias de la antigua España. Pero á vuelta de muchos hechos históricos andan mezclados algunos cuya verosimilitud no todos quieren admitir por ciertos visos que tienen de fábula. En efecto, se asegura que desde el seno de aquellas montañas suelen salir voces estrañas y espantosas, y que á veces, como si se batieran dos ejércitos, se oye el estrépito de las armas y las carreras de los caballos. Aun hoy dia afirman algunos haber visto allí,

unas figuras que parecian moros. De aquí ha nacido el misterio y el temeroso respeto con que los naturales hablan de aquellas sierras, y este podrá ser el origen de las admirables cosas que se dice haber ocurrido en ellas. Sea de esto lo que fuere, á mi me basta saber que la relacion siguiente consta en los análes de aquellos pueblos, y que no me toca averiguar verdades, sino contar las cosas de la misma manera que me las refieren.

Desde la falda, pues, de una de estas sierras descuella el pequeño, pero antiguo pueblo de Cadiar; que si en otro tiempo fue célebre por el valor de sus moradores, y por haberse proclamado en sus cercanias á Aben-Humeya, el gefe de los moriscos sublevados, no lo será menos ahora por la parte que le toca del suceso que voy á referir. En este pueblo vivia antiguamente un labrador sencillo, llamado Andres Gazul, hombre de bue-

na condicion, y de un caracter sumamente dócil y pacífico, y sobre todo era un marido obsequioso y obediente. A esta última circunstancia debe de atribuirse, sin duda, aquella humildad de espíritu por la que vino á ser tan bien quisto de todos, y que le concilió la estimacion general; ¡raro ejemplo de lo que puede la disciplina conyugal! pues vemos que no hay genio tan fuerte y duro, que no ceda y se ablande al pasar por el crisol ardiente de la tribulacion doméstica. Asi, pues, era el tio Andres el querido de su pueblo. Las comadres le protegian, tomando su parte contra la implacable Gertrudis (que asi se llamaba su muger) en las frecuentes camorras que esta le suscitaba. Las solteras hallaban en él un árbitro imparcial en sus rencillas amorosas, y un mediador que componia las pendencias y restauraba la paz. De los muchachos, apenas habia uno que no fuese partidario suyo,

pues él les acompañaba en sus juegos, les contaba cuentos y batallas de moros y cristianos, en que los últimos siempre ganaban; y, en fin, sufria con paciencia todas sus travesuras. Asi le querian ellos, asi, cuando se presentaba en sus corrillos, le recibian con aclamaciones. En una palabra, hasta los perros, cuando pasaba Andres, se abstenian de ladrarle.

Por desgracia se reconocia en la índole de Andres un defecto fatal, y era una aversion insuperable á todo género de trabajo provechoso. No obstante, en algunas ocasiones se hacia notable su constancia y aplicacion; pues se sabe que era hombre que se llevaba los dias enteros discurriendo por aquellas soledades, trepando montes y atravesando barrancos con la escopeta al hombro, sin mas objeto que matar una perdiz ó malherir algun conejo. Otras veces se le veía al pie de un arroyo convertido en pescador, sosteniendo

una caña tan larga y tan pesada como una garrocha de picar; y estábase asi, desafiando los rigores de un cielo abrasador, para volverse al fin sin sacar para el desayuno. Jamas solicitó en vano ningun vecino los auxilios de Andres: al uno le podaba una parra, al otro le sembraba un campo, y en todo tiempo se le hallaba dispuesto á intervenir en los negocios agenos; pero en cuanto á cuidar de los suyos propios, ni á mirar por su hacienda, eso no habia forma de que lo hiciese. "¿Para qué, decia Gazul, me tengo de afanar en cultivar mi heredad, si me ha cabido en suerte un terreno pestífero, el mas ingrato de toda la comarca? Allí donde habia de crecer el trigo, prosperan los abrojos; donde pensaba cojer garbanzos medran las malezas con admirable lozanía. Si me hace falta el tiempo seco, luego diluvia; si necesito del agua, la tierra se abrasa de calor." Por estos términos discurria An-

dres, y mientras tanto su patrimonio se le iba de entre las manos, habiendo ya menguado tanto que solo le quedaba un huertecillo que escasamente le proporcionaba algunas hortalizas.

Los hijos de Andres (pues tambien los tenia) eran copia fiel de su padre, y seguian puntualmente sus huellas. Al mirar su desaliño, y al verlos tan traviesos y bravíos, cualquiera hubiera dicho que no pertenecian á nadie.

El amigo fiel y constante compañero de Andres, era un podenco que se llamaba Tarfe. Ambos corrian la misma fortuna, y uno y otro vivian sujetos á la férula de la tia Gertrudis; la cual tenia una ojeriza singular al pobre perro, pues le miraba como la causa de los estravíos de su marido, y como partícipe de sus excesos; y asi se lo hacia conocer por el duro trato que le daba. Era Tarfe un animal generoso, sin que le faltase el valor y demas prendas que corresponden á un perro

bien nacido. En los lances y en los peligros habia quedado siempre con honor: tan solo la cólera de Gertrudis aterraba su valentia. Lo mismo era entrar el cuitado por su casa, que ya desde los umbrales perdia su altivez; se le humillaba la cerviz, bajaba la cola, y poníase con recelo á estudiar el semblante de su señora: notaba un movimiento de ira, veía alzar una escoba, una mano de almirez, y al punto lanzando un ahullido, se precipitaba fuera la puerta.

Pasábanse los años, los tiempos eran cada vez peores, y al paso que la hacienda y los intereses de Gazul iban de menos á menos, las reconvenciones y clamores de su esposa iban de mas á mas. En medio de estas angustias, Andres, muy lejos de pensar en la enmienda, procuraba el alivio de sus penas concurriendo á la tertulia del boticario, donde los hombres graves y principales de Cadiar, el alcal-

de, el escribano y el sacristan, tenian sus sesiones, y desplegaban los primores de su elocuencia sobre asuntos de economía rural, ora calculando el producto de las cosechas, ora pronosticando mudanzas en el tiempo, menos cuando alguna vez manoseaban la reputacion de algun vecino. Creíase Andres seguro en este sagrado, y al abrigo de la persecucion conyugal, pero se engañaba; porque aun de esta fuerte posicion sabía desalojarle la formidable Gertrudis, presentándose allí mismo á reprender á su relajado consorte.

La situacion del miserable Gazul rayaba en la desesperacion; y no quedándole ya mas alternativa para huir de las labores de su heredad y del despotismo de su muger, que la caza, echóse una tarde la escopeta al hombro, y en compañía de Tarfe, se fue para los montes. En esta ocasion, habiéndose alejado mas de lo regular, se internó hasta lo mas solitario y esca-

broso de la sierra; y despues de haber hecho resonar un largo rato las concavidades de aquellas rocas con el repetido estruendo del arcabuz, cuyos ecos retumbaban en el hondo valle, llegó insensiblemente á la cima de un escarpado cerro que dominaba todo el país circunvecino.

Rendido de tanta fatiga, determinó Andres descansar allí un momento, y contemplar entre tanto el grandioso espectáculo que la naturaleza le presentaba. Tendió la vista, y por una parte se descubria toda la estension de las Alpujarras, herizadas de riscos y peñascos hacinados los unos sobre los otros, y semejantes á las alborotadas olas de un mar embravecido. Por otro lado se divisaba debajo de sus pies su lugar nativo, y en torno de él se veia girar en raudo vuelo el Aguila Real, ya remontándose pausadamente hasta las nubes, ya precipitándose por los espacios aéreos con la rapidez del rayo.

Mas adelante se estendia un anchuroso valle, matizado de innumerables huertas y sembrados; y allá en la lontananza se columbraban, en medio de su deliciosa vega, las altas torres, los régios alcázares, y dorados chapiteles de la ínclita Granada.

Pero todo esto era casi perdido para Andres, porque la disposicion de ánimo en que se hallaba, ó por mejor decir la rudeza de su entendimiento, le hacian casi insensible á tan magestuosa perspectiva. Aquí fue cuando Gazul se abandonó por primera vez á las reflexiones mas melancólicas, recapacitando allá en su mente los sinsabores y trabajos de su vida. Absorto estuvo algun rato en estos tristes pensamientos; y en tanto tocaba ya el Sol el término de su carrera, y las luengas sombras que caían de las montañas se estendian hasta el horizonte. Por fin, lanzando un suspiro, tornó Andres en sí; y al disponerse á volver á su cabaña

para evitar los gritos y reconvenciones de su esposa, oyó una voz que desde lejos parecia pronunciar su nombre. Volvió la cabeza á una y otra parte, y no viendo en aquellos silenciosos sitios objeto alguno viviente, creyó seria ilusion, y trató de emprender su camino: mas al punto resonó otra vez la misma voz, prorrumpiendo distintamente en el grito de "¡Andres! ¡Andres Gazul!"

Un temor secreto se apoderó del pusilámine Gazul en este momento, pues en un punto y de tropel asaltaron su memoria todos los misterios y portentos de aquella sierra, y temblaba de que tambien á él le sucediese alguna terrible aventura. En esto Tarfe, que no se apartaba de su lado, empinando las orejas y herizando el lomo, dió un ladrido sordo, y se puso á mirar receloso por la montaña abajo. Volvió Andres la vista en aquella direccion, y vió una figura estraña que

á pasos lentos se venia por la ladera del monte arriba, la cual, alzando la mano y la cabeza, le hizo señas de que bajáse. Obedeció Gazul, ya fuese por miedo ó ya por su natural condescendencia, y al acercarse á aquel objeto, vió un anciano venerable, vestido de una ropa talar, blanca como el armiño. Las hebras argentadas de su barba le llegaban hasta la cintura: traia un báculo en la mano; y una especie de turbante le cubria la cabeza. El anciano, con aire de autoridad y rostro grave, hizo nueva seña á Andres para que le siguiese. Hízolo este asi, y por parajes apenas pisados de planta humana fue siguiendo, sin desplegar los labios, á tan misterioso personage.

Andubieron algunos pasos, y habiendo dado la vuelta al monte, fueron á desembocar en un rambladizo que se formaba de la reunion de unos cerros empinados que ceñian este recinto, figurando asi un anfiteatro es-

pacioso y sombrío. ¡Cuál seria el asombro de Andres al descubrir repentinamente en este sitio una lucidísima comparsa de caballeros moriscos bizarramente vestidos! Las marlotas recamadas de oro y plata, los turbantes de diversos colores, las relucientes cimitarras, y en fin, el lujo esquisito de sus arneses, deslumbraba la vista, llenando al pobre Andres de una confusion inesplicable. Queria ya el temeroso labrador volver sobre sus pasos para retirarse, é incontinenti los moriscos le rodean, le detienen, y le saludan á la usanza mora, cruzando las manos sobre el pecho y haciéndole profundas zalemas. En seguida le despojan de la rústica zamarra, la montera y las albarcas, y le visten un magnífico Caftan forrado de pieles de marta, y bordado de oro con franjas de lo mismo. Un precioso cinturon, guarnecido de piedras finas, ciñe su cuerpo, y á su lado pende un corvo alfan-

ge damasquino de inestimable precio. Unos borceguíes de finísimo tafilete adornan los pies del Serrano; y por último, colocan sobre su cabeza un ancho turbante de tocas verdes y blancas, bandeadas de oro con muchas sartas de perlas. Sobre el turbante ondeaba un penacho blanco, y una media luna de diamantes centelleaba sobre su frente eclipsando la luz del dia.

Ocupaba el centro del anfiteatro una antigua y frondosa encina, cuyas ramas, paramentadas de colgaduras de damasco sembradas de medias lunas, formaban un soberbio dosél. Al pie del árbol se habia tendido una alfombra primorosamente labrada al gusto asiático, y encima de ella estaba colocado un ancho y mullido almohadon de terciopelo con borlas de oro y bordados esquisitos.

Crecia por momentos la admiracion de Andres á la vista de tan esplendorosa escena; pero subió de todo

punto al ver que le conducen al dosél, que le sientan sobre el almohadon, y que habiéndole hecho nuevamente el mas rendido acatamiento, suena un ruidoso golpe de música de cajas, timbales y clarines, y prorrumpen todos á una en la aclamacion de "¡viva Aben-Humeya! ¡Granada por Aben-Humeya!" En seguida se le acercan unos mancebos que le sirven variedad de dulces y sorbetes, le presentan el ópio, y deponen á sus pies una hermosa trípoda en que ardian los arómas mas preciosos del Arabia.

"¡Cielos santos! se decia el atónito Serrano, ¡qué es esto que por mí pasa! ¡qué visiones son estas! ¡yo Rey de Granada, yo musulman! Pecador de mí, ¿no soy yo aquel infeliz labrador Andres Gazul, el desventurado y asendereado marido de la áspera Gertrudis?" Iba y venia nuestro Andres en estas reflexiones, ya figurándose que era un sueño cuanto veía, ya atribu-

yéndolo todo á encantamiento, sin acertar en cosa alguna. Entre tanto los respetos mas sagrados acaso hubieran cedido á los impulsos de la ambicion; pero ya los efectos narcóticos del ópio y los vapores de la trípoda le iban embargando los sentidos, y un letargo irresistible pesaba sobre sus párpados: asi es, que inclinó la cabeza, cerró los ojos, y quedó sepultado en un profundo sueño.

Andres, al despertarse, se halló en la cima del mismo cerro, y precisamente en el propio sitio, desde donde habia visto al anciano de la barba blanca. Era un bello dia de primavera: el nuevo sol comenzaba á herir con sus rayos de oro las altas cúmbres de las Alpujarras, y las alegres avecillas celebraban ya con gorgeos su luminosa y vivificante presencia. Quedó Gazul suspenso algun instante, se estregó los ojos, y empezó á mirar cuidadoso en derredor de sí. El estraño su-

ceso de la víspera, y los objetos que habia visto, ocupaban tan intensamente su imaginacion, que no cesaba de buscarlos con la vista, pero en vano: todo se habia desvanecido. "¿Será posible, dijo Andres, que se me haya pasado la noche entera durmiendo en este monte? ¿pero qué se han hecho los moriscos? ¿qué se hizo la dignidad y la pompa régia en que me ví? ¡luego todo ha sido ilusion! ¡y cuánto he visto no fue sino sombras vanas, solo ficciones de la fantasía!" Reparando en su vestido, vió que era la misma ropa rústica que solia llevar. A su lado estaba la escopeta, carcomida la caja, y el cañon amohecido: allí cerca halló tambien el zurron enteramente apolillado.

Pensó el pobre hombre perder el juicio; pues era tal el tropel confuso de ideas que le acometian, que cuanto mas discurria sobre el caso, mayores dudas se acumulaban en su pensa-

miento. En esto echó de menos á el perro; y no viéndole, se persuadió que se habria descarriado en seguimiento de alguna pieza; dió un silvido, le llamó una y otra vez por su nombre, pero fue en valde: el eco solamente respondió al silvido y á la voz, y Tarfe no parecia. Entonces determinó Andres volver á visitar el lugar de la escena pasada, por si de esta suerte hallaba el hilo de tan intrincado laberinto, y la solucion de tantas dudas. Al ponerse en pie sintió tal rigidez en todas sus coyunturas, que el cuerpo parecia haber perdido su natural agilidad. Tomó la escopeta entre las manos, y cabizbajo y pensativo echó á andar por la misma senda que antes le habia conducido al azaroso anfiteatro. Tropezando y cayendo por entre aquellas asperezas, pudo llegar á duras penas hasta el parage donde debia de estar la entrada del encantado país que buscaba; pero en su lugar encon-

tró, con harta sorpresa, un peñasco enorme que parecia tajado á cincél, y que le cerraba el paso. Un muro impenetrable le impedia seguir adelante; y para volver atras, las dificultades vencidas y por vencer le aterraban y retraían. En este conflicto, y viéndose solo entre aquellas breñas, se le oprimió el corazon; y no sabiendo qué partido tomar, miraba ansiosamente á todas partes por si hallaba algun consuelo en tanta pena. Volvió á llamar á el perro; mas no tuvo otra respuesta que el graznido de un ominoso cuervo, que desde lo alto de un elevado risco parecia que se burlaba de su turbacion. Por fin, cobró ánimo nuestro Serrano, y haciendo un esfuerzo logró, no sin algun peligro, salir á terreno mas igual, dirigiendo desde allí los pasos hacia su pueblo.

Estando ya cerca de él, encontró varias gentes que iban y venian; pero le causaba mucha novedad no co-

nocer á ninguno; tanto mas cuanto apenas habia vecino en Cadiar con quien no tuviese alguna relacion ó intimidad. Todas eran caras nuevas: hasta los trages parecian diferentes de los que se solian llevar; y todos invariablemente, al pasar por su lado, señalaban la barba con la mano, y le miraban con admiracion y curiosidad. Esta accion tantas veces repetida dió lugar á que Andres hiciese involuntariamente lo mismo, y bajando al propio tiempo los ojos, echó de ver con espanto que la barba le habia crecido mas de un palmo.

A la entrada del pueblo se vió en un instante rodeado de una multitud de muchachos, que luego le levantaron una grita descomunal, y se fueron tras de él, burlándose de su facha estraña y de su disforme y canosa barba. Hasta los perros que solian ser antes tan amigos suyos, ya no le reconocian, y saliéndole al encuentro le

ladraban con desapacible porfía. No daba un pasó sin hallar nuevos motivos para admirarse. Muchas de las casas que tan frecuentadas y conocidas tenia, habian desaparecido, y en su lugar se veian otras diferentes. Las caras que se asomaban á las puertas y ventanas tambien eran nuevas para él. En suma, las casas, las calles, los vecinos y el pueblo, todo para el desconsolado Gazul era nuevo, estraño y desconocido.

En medio de tan grandes novedades empezó el triste villano á entrar en aprension, y sospechó que se le habia trastornado la cabeza. Ya le parecia que él, y su pueblo, y el mundo todo, estaba hechizado; y tras de un profundo suspiro: "Válgame Dios, esclamó, ¿en qué vendrá á parar todo esto? ¿no es éste mi pueblo, de dónde no ha mas de un dia que salí? ¿no son aquellas sierras las Alpujarras, ó será que todavía estoy soñando?" Y acor-

dándose entonces del anciano de marras. "¡Ah¡ ese viejo maldito, siguió diciendo, ese barbon hechicero, es quien tiene la culpa de todo: nunca yo le viera, ni menos me fiára de él, que no me hallára hoy en paso tan riguroso."

Despues de algunos rodeos que hubo de hacer para encontrar su propia casa, dió al fin con ella, y fue acercándose á la puerta no sin algun recelo, pues se temia á cada instante oir los agudos acentos de la tia Gertrudis. Estaba la pobre choza hecha una ruina, el techo desmoronado, rotas las ventanas, y la puerta por el suelo. Por allí cerca andaba á sombra de tejado un perro flaco, ruin y hambriento, y muy parecido á Tarfe. Le llamó Andres por su nombre; pero aquel no hizo mas que enseñar los dientes, y volviendo las espaldas, siguió su camino. "¡Tú tambien, dijo Andres, tú tambien me desconoces perro ingrato!" Entró dentro de la casa, y la halló

desierta y abandonada. Dió voces; pero nadie le respondia: pasó á la cocina, y de la cocina al corral, y del corral á la cuadra, y volvió á llamar á su muger y á sus hijos. Resonaron por un momento las paredes con su voz, y luego al punto todo era soledad y silencio.

Ya no pudo permanecer por mas tiempo en este sitio, y saliéndose fuera, se fue en busca de la casa de su amigo el boticario; pero tambien habia desaparecido, y en lugar de la botica vió que se habia construido un meson. A la puerta habia un grupo de soldados y estudiantes, gente aciaga para nuestro aventurero; pues lo mismo fue llegar este allí, desgreñado y mugriento, con la escopeta al hombro, y una turba de muchachos en su alcance, que se movió entre ellos una gresca cual no se puede ponderar. Los soldados le preguntaban si venia á sentar plaza, los estudiantes

decian si se habria desprendido de algun tapiz. Quien le tenia por un loco escapado de su jáula, quien por un gefe de vandoleros; y todos, en vez de responder derecho á las preguntas que les hacia Andres, le aburrian con sus impertinencias, en términos que poco faltó para que del todo perdiese la paciencia el pacífico Gazul.

En esto salió el mesonero diciéndole: "Ea, buen hombre, apacíguese, y díganos lo que le sucede, qué quiere, de dónde viene, y qué amigos ó conocimientos tiene en este pueblo, que de todo le daremos razon lo mejor que supíeremes." Procedió Andres entonces á preguntar por el boticario, por el escribano, y por otros amigos suyos, nombrándolos por sus nombres y apellidos. "¡Jesus! esclamó el mesonero, mire hermano lo que dice, porque todos, ó la mayor parte de las personas que acaba de nombrar, murieron ha cerca de veinte años." "Pues

yo juraria, dijo Andres, que ayer los dejé sanos y buenos en este pueblo, del cual soy hijo y vecino, y de donde no ha mas de un dia que salí; pero desde entonces acá todo ha mudado, pues ya aquí nadie me conoce, ni yo veo ni conozco á ninguno de tantos amigos y parientes como antes tenia."

Aquí fue el prorumpir en quejas el mísero Gazul, y el lamentarse de su suerte, pues se miraba solo y aislado en el mundo, sin amigos, sin casa y sin familia. Cada palabra que le decian en satisfaccion de sus preguntas era un golpe que le traspasaba, acrecentando á un mismo tiempo su pena y confusion; pero al fin esclamó en tono desesperado: "¿Y aquí no habrá nadie que conozca á Andres Gazul?" "Cómo si le conocemos, dijeron dos ó tres de los circunstantes, desde aquí le podeis ver: mirádlo ahí plantado en aquella esquina, donde está tomando

el sol y fumando su cigarrillo ni mas ni menos como lo hacia su padre que paz haya." Miró Andres, y en efecto, vió un hombre de hasta unos treinta años, que se le semejaba tanto que parecia su mismo trasunto. Figurábase el cuitado estarse viendo á sí mismo, y con esto se acabó de confundir, de manera que llegó á dudar de su propia identidad.

En esto se presentó el alcalde, y le preguntó que quién era y cómo se llamaba. "Dios lo sabe, respondió Andres; yo ya no soy yo mismo, soy aquel que está ahí, y él debe de ser yo. Ahora solamente sé que anoche era Andres Gazul; pero me quedé dormido en el monte, y ya no soy el mismo que era, ni el pueblo el mismo en que vivia, ni las casas, ni las gentes, ni ninguna cosa es hoy lo que era ayer." Los que asi le oían desbarrar se persuadian que el pobre hombre estaba fuera de sí, y unos á otros se lo da-

ban á entender por señas, meneando la cabeza y tocándose la frente con el dedo. Ya trataban de quitarle la escopeta y de asegurarse de su persona, cuando llegó felizmente allí una muger jóven que, haciéndose lugar por entre la gente, se empeñó en que habia de ver al viejo barbudo que tanto movia la curiosidad de todos. Traia esta muger en brazos un niño, que al ver á Andres se asustó y empezó á llorar. "Calla, Andresillo, le dijo la madre, y no temas, que el buen viejo no te hará daño." El aire de esta muger, su metal de voz, y el nombre de la criatura, fijaron desde luego la atencion de Andres, despertando en su ánimo los mas tiernos recuerdos: asi es que no pudo menos de preguntarla cómo se llamaba.

"Aldonza Gazul," respondió ella.

"Y tú padre," preguntó Andres.

"¡Ah! mi pobre padre se llamába Andres Gazul, y murió siendo yo ni-

ña. Hace veinte años que se fue un dia á cazar á la sierra, y desde entonces acá no le hemos vuelto á ver, ni de él se ha tenido la menor noticia. El perro que le acompañaba se volvió solo á casa, pero mi padre sin duda ya no existe."

Solo una cosa le faltaba que saber á nuestro Andres, pero titubeaba al preguntarlo: "dónde está tu madre," dijo.

"¿Mi madre, la tia Gertrudis? tambien hace muchos años que murió."

"Allá se la tenga Dios en la gloria," dijo Andres; pero con cierto tono socarron que dejaba dudar si lo decia de alegría ó de sentimiento. En seguida tomando entre sus brazos á Aldonza y á su niño: "Yo soy vuestro padre, dijo: yo soy Andres Gazul, hija mia; y aquel que veo allí debe de ser mi hijo, pues tanto se parece á lo que era yo cuando tenia su edad, que segun tu cuenta hará ya veinte años,

aunque para la mia no han pasado ni tampoco veinte horas." Entre tanto salió de entre la multitud una vieja decrépita, que acercándose á Andres, se puso á mirarle de hito en hito, y despues de un rato, esclamó: "El es, no hay que dudar, es el mismo Andres Gazul: pero, compadre, ¿qué se ha hecho en tanto tiempo que no le hemos visto?" No tardó mucho Andres en contar todo el suceso, puesto que para él habian sido los veinte años lo mismo que una sola noche, como que todo este tiempo lo habia pasado durmiendo sin interrupcion.

La admiracion y el espanto se apoderó de los que le escuchaban, viendo las maravillas que contaba de la sierra, con todo aquello de visiones de moriscos y demas que allí le avino. Empero no faltaron algunos espíritus incrédulos y rebeldes que se resistian á darle crédito; y ya le empezaban á tratar de loco y de embustero, cuan-

do dió la casualidad de pasar por allí el sacristan, hombre sabido y leído, que hablaba por sentencias, citaba testos, y solia disparar latines. Este grave sugeto, les aseguró que podia ser muy cierto cuanto referia Andres, pues ya sabian ellos las cosas estrañas que se contaban de aquella sierra, y como en ella se habian visto las sombras de don Alonso de Aguilar y del Rey de los moriscos rebeldes; y que tuviesen por cierto que cuando en las tempestades se oían los truenos allá en la sierra, no eran truenos, sino el ruido de los desaforados golpes que estos dos se daban el uno al otro en las crudas batallas que trababan entre sí.

Satisfechos todos con razones tan convincentes, dieron á Andres la enhorabuena de su regreso, aconsejándole que no volviese mas á visitar aquella montaña, y su hija se lo llevó á su casa, donde vivió por muchos años con ella y con su marido, que

era un labrador hombre de bien y acomodado. Entre tanto, se daba Andres no poca importancia con la relacion de sus aventuras, que de puro repetidas se le llegaron á olvidar. Asi vivió hasta verse en una edad avanzada, lleno de consideracion, y respetado como patriarca y coronista de su pueblo. Por último, murió en medio del sentimiento general; y este es el dia que en Cadiar se conserva afectuosamente la memoria de Andres Gazul, el Serrano de las Alpujarras.

El Cuadro Misterioso.

«¡Oh, terribles desvarios
De amorosas ceguedades!»
J. R. de Alarcon.

Era una noche tempestuosa, y estaba el cielo cubierto de densas nubes cuya espesura apenas dejaba paso á los rayos de la luna que campeaba en el firmamento: corria un viento impetuoso, barriendo montes y valles, y el lúgubre trueno, acompañado de relámpagos, murmuraba desde lejos, cuando un ilustre caballero español bajaba por la ladera de una de las montañas del Piamonte, y teniendo su caballo de la rienda seguia cuidadosamente una senda escabrosa que conducia al llano.

El marques de Mondejar (que este era su título) habia tenido el honor de que su soberano, el augusto Cárlos V, le nombrase su representante cerca de la república de Génova; y dirigiéndose á su destino, habia llegado con una comitiva numerosa hasta el pie de aquellos montes, al tiempo que ya el sol tocaba el término de su carrera. Cansado el Marques de la marcha lenta que forzosamente llevaban los coches en tan áspero camino, montó á caballo, y sin que nadie le acompañase pasó delante para llegar á una aldea inmediata, en donde se habia propuesto descansar aquella noche. Pero aun no habia andado la mitad de esta distancia, cuando por la variedad de sendas que se le ofrecieron erró el camino, y queriendo volver sobre sus pasos para deshacer esta equivocacion, volvió á estraviarse todavía mas, de suerte, que ya no sabia la direccion que debia tomar. En

esta confusion se hallaba cuando sobrevino la noche, que en breve tendió su negro manto sobre la faz de la tierra, quedando todo envuelto en espesas tinieblas, y el Marques espuesto en medio de un monte á los rigores de un cielo proceloso. A esta sazon oyó nuestro viajero el sonido confuso y al parecer distante de una campana; y volviéndose hacia aquella parte, descubrió una luz escasa que relumbraba debilmente en la lejanía. Su valor natural, y la esperanza de hallar allí un asilo, le inspiraron la determinacion de seguir aquella luz, no obstante las fatales consecuencias que pudieran seguirse de dar un paso falso en aquellos sitios desconocidos. Asi que apeándose del caballo y tomando, como se ha dicho, las riendas en la mano, empezó á caminar con no poca dificultad y peligro hacia aquel objeto, cuyo ténue resplandor era su única guia. A medida que adelantaba sus pa-

sos se distinguia con mas claridad aquella luz, confirmando asi la esperanza de hallar en donde guarecerse aquella noche. En efecto, la luna, cuyos trémulos rayos penetraban de cuando en cuando la opacidad de las nubes, se asomó á esta sazon en todo su esplendor, aunque momentáneamente, descubriendo á los ojos del Marques un edificio suntuoso á muy poca distancia de allí. Aceleró nuestro ilustre español el paso, y á pocos que diera llegó á los umbrales de esta mansion, y despues de haberla hecho resonar con los golpes que dió en la puerta, fuéle ésta abierta, y se admitió al marques de Mondejar en el castillo de Monferrato.

Trató el Marques de esplicar las circunstancias de este suceso al dueño de aquella mansion ilustre; pero el conde de Monferrato quiso remitir el saberlo para mejor ocasion; y atendiendo solo á la situacion menesterosa de su huesped, le dispensó solícito

cuantos socorros estaban á su alcance, con una noble y piadosa hospitalidad. Restaurada algun tanto la naturaleza despues de una cena tan abundante como sabrosa, se le condujo á un aposento que estaba preparado como convenia para que pasase con sosiego el resto de la noche.

Al entrar el Marques en esta pieza comenzó á mirar en derredor, y paró la vista en un cuadro que estaba pendiente de la pared, y que representaba el rostro de un hombre moribundo. El color era de una palidez mortal, los cabellos erizados, cárdenos los labios, y entreabierta la boca. En sus ojos desencajados se notaba una espresion amenazadora; en las fruncidas cejas estaba marcado el ceño; y era tal aquel semblante que á cualquiera imponia y causaba horror. Estúvole contemplando el Marques por un buen rato con la mayor atencion, y cuando quiso apartar de allí los ojos

parecia que una fuerza oculta se lo impedia. Diversas veces procuró distraer el pensamiento con otras cosas, y otras tantas se vió arrastrado hacia este objeto, y tornaba involuntariamente á fijar en él la vista. Admirábase el Marques de la sensacion estraña y desapacible que le resultaba de mirar esta pintura; y resolviendo al fin no dejarse dominar de un temor que desdecia de su carácter, apagó la luz, y arrojándose en la cama, trató, aunque en vano, de conciliar el sueño. Aquel rostro misterioso habia quedado tan vivamente impreso en su imaginacion, y la ocupaba de un modo tan intenso, que aun en medio de la oscuridad se figuraba estarle viendo todavía. Hizo mil reflexiones sobre el caso, raciocinó consigo mismo, y se esforzó para alejar de sí tan tristes pensamientos: mas no por eso dejó la fatal pintura de perseguir y atormentar su fantasía.

En medio de tales inquietudes y fatigas pasó el Marques aquella noche; y apenas empezó á romper el dia, se levantó desvelado y confuso, y saliéndose del aposento, fue á verse con el Conde, el cual, segun su habitual costumbre, estaba ya levantado, y saludando cortesmente á su huesped, le preguntó como lo habia pasado. A esto respondió el Marques refiriéndole la aventura del cuadro, sin disimular los temores que habia concebido con su vista. "¡Valgáme Dios por olvidadizo! esclamó el Conde: yo, señor, soy la culpa de la mala noche que habeis pasado, pues no me acordé de retirar esa misteriosa pintura que ha sido causa de vuestra pena, y que ya en varias ocasiones ha influido en otros de la misma manera; pues nadie hasta ahora ha podido mirarle sin esperimentar una sensacion inesplicable de terror y disgusto."

"¡Cosa estraña! dijo, el Marques."

"Asi en efecto os debe parecer, dijo el Conde; y por eso, si teneis curiosidad de saber el origen de este caso, os haré la relacion de un suceso que lo esplica, y que quizás no hallaréis destituído de interés."

"Tendré la mayor satisfaccion en saberlo, respondió el Marques; y con esto empezó el Conde á hablar de la manera siguiente:"

Hará por este tiempo un año que viniendo de Roma, donde habia estado para evacuar algunas diligencias, tuve ocasion de hacer noche en un pueblo de estas cercanias; y hallándome en la posada con otros viajeros, vimos parar á la puerta una silla de posta, y apearse un caballero jóven de una figura interesante. Entróse este en una sala que ocupábamos en comun, y saludando á todos cortesmente, aunque con cierto aire de tristeza, pasó sin hablar otra palabra á tomar asiento al lado de la chimenea. Poco despues se

levantó y fue á sentarse al otro estremo del cuarto, volviendo en seguida á levantarse para pasear de un lado á otro de la sala. A vuelta de estos movimientos, le veia yo de cuando en cuando volver cautelosamente la cabeza hacia atras, y apartar otra vez los ojos al instante, como si viera algun objeto que le causase horror. La singularidad de sus ademanes, y la inquietud que se notaba en todas sus acciones, y en especial aquel contínuo volver misterioso de la cabeza y aquel sobrecogerse sin ningun motivo aparente, escitaron desde luego vivamente mi curiosidad. Por otra parte, se reconocia en sus modales cierta finura y nobleza que abogaban en su favor. Mostraba ser de unos veinte años; su color era quebrado, hundidos los ojos, pensativo el semblante, y oscurecido con las sombras de la melancolía.

Permaneció entre nosotros hasta

muy entrada la noche, pero sin tomar apenas parte en la conversacion; y ya todos se habian retirado, quedando solos él y yo, cuando me determiné á hablarle, pues me parecia ver en su semblante cierto recelo de que yo tambien le dejase. Le dirigí algunas palabras; y desde luego se manifestó reconocido á esta pequeña atencion, y tratando de materias indiferentes, procuró prolongar la conversacion; confesándome que su mayor pena era el verse solo, pero sin hacer alusion alguna á los motivos que para ello tenia, ni para la tristeza que le estaba consumiendo. Por un efecto de delicadeza, me contenté con preguntarle la direccion que llevaba en su viaje, y me respondió que á Milan: "Pero ningun asunto particular, dijo, me llama é esa ciudad; mi objeto es mudar de lugar; y en cuanto llegue allí pasaré á otra parte:" y al decir esto, echó con disimulo una mirada hacia atras, y

otra vez, como antes, apartó los ojos con espanto.

La novedad del caso y las circunstancias de este jóven me inspiraron el mayor interes, y le dije: "Si os es indiferente el lugar de vuestra morada, veníos conmigo; á corta distancia de aquí está el castillo de Monferrato, donde yo habito; en la quietud de aquella mansion campestre y retirada, hallareis quizá la paz que os ha faltado en otras partes; y todo el tiempo que querais permanecer conmigo tendreis en mí un fino amigo, y si fuere de vuestro agrado un obsequioso consejero." Desde luego fue admitida con gusto mi proposicion, y al dia siguiente partimos para esta casa, donde á nuestra llegada le señalé por habitacion la pieza que esta noche habeis ocupado. Aquí vivió por algunos dias, entregado siempre á su tristeza, y acosado al parecer de un grave remordimiento. Solia asistir á todos los ofi-

cios que se celebraban en la Iglesia inmediata; y una noche en que se cantaba en ella un solemne Miserere, le ví postrarse en el suelo y gemir dolorosamente, al paso que las lágrimas que corrian de sus ojos inundaban las manos con que los tenia cubiertos, de manera que movia á compasion. Estábale contemplando en tal estado, cuando de repente le veo ponerse en pie, vuélvese hacia mí, y arrojándose en mis brazos, esclamó: "Albricias, Conde, el cielo al fin se ha compadecido de mis males: ya vuelve á resplandecer para mí el Iris de paz, y en mi pecho siento renacer la esperanza. Adios, mañana sabreis lo demas." Con esto se retiró á su aposento, donde no me pareció que debia seguirle en aquella ocasion. Mas al dia siguiente quise hablarle, y á el intento pasé á su cuarto, pero le hallé desocupado; y ya iba á salir para buscarle en otra parte, cuando reparé en un pliego, á

mi dirigido, puesto sobre la mesa, y observé al mismo tiempo el cuadro que sabeis, y que no me dejó á mi menos confuso que á vos. Abrí el papel, y en él, despues de algunas espresiones de atencion y reconocimiento por la amistad con que le habia tratado, y de anunciarme su partida y la probabilidad de que no le volveria á ver mas, leí lo que contiene este manuscrito. El Conde, sacó entonces uno de entre sus papeles, y á ruegos del Marques, que deseaba saber la historia de este jóven, leyó la relacion siguiente:

En Nápoles, morada la mas deliciosa de la bella Italia, admiracion de los estrangeros y vanagloria de los naturales, me fue dada la luz primera. Mis padres eran ilustres; y podia su nobleza competir con las mas calificadas del reino. Mas los bienes de mi casa no correspondian á su grandeza, ó por mejor decir, el lujo y la ostenta-

cion que se queria sustentar en ella escedian á los medios que suministraba la fortuna. Era yo hijo segundo, y mi padre, que fundaba en el primogénito las esperanzas de su familia, me trataba con una indiferencia señalada; al paso que en mi hermano se concentraban las tiernas atenciones y todos los cuidados del afecto paternal. Desde mis primeros años manifesté una estremada sensibilidad: en mi ardorosa imaginacion todo hacia la impresion mas viva; y siendo todavía niño, se asombraban, en mi casa, al ver los violentos efectos que producian en mi las causas mas triviales, y la rapidez con que pasaba de un rapto de cólera á un exceso de alegría. El poderoso encanto de la música despertaba en mi ánimo sensaciones inesplicables; y segun la suavidad ó la vehemencia de los acentos, alternaban en mi semblante la tristeza ó el contento, las lágrimas ó la risa. Algunos se complacian

en excitar la irritabilidad de mi complexion, y causábales no poca diversion el notar en un rapaz tal tumulto de pasiones. ¡Funesto entretenimiento! que fue origen en gran parte de los males que despues me sobrevinieron.

Los años se habian ido sucediendo rapidamente, y ya rayaba en los quince, cuando mi tierna y afectuosa madre pagó el tributo á la naturaleza. Jamas se borrará de mi corazon la memoria de su cariño, ni el dolor que me causó pérdida tan sensible. Ella era mi único consuelo: ella, con sus caricias amorosas, mitigaba la pena que me daba la injusta prevencion de mi padre, corregia la fogosidad de mi caracter, y derramaba el bálsamo consolador de la simpatía sobre las heridas de un amor propio vivamente resentido.

No tardé mucho en esperimentar en mi situacion la mudanza que era consiguiente á tan doloroso aconteci-

miento. El ceño y la frialdad de mi padre se aumentó en el punto mismo en que mas necesitaba de su proteccion: mi hermano me negaba los deberes de la amistad fraterna; y hasta los criados, al mirarme sin consideracion, me trataban, á ejemplo de sus amos, con desacato manifiesto: propia condicion de ánimos vulgares, que aplauden los caprichos de la fortuna sin examinar los méritos del individuo. Ya de mi no se hacia caso sino para contradecirme y humillarme: yacía en un abandono total, y vivia como un estraño en el seno de mi propia familia. De aquí nació una disposicion desabrida que emponzoñó los afectos mas generosos de una alma que acaso, y no obstante los defectos de mi temperamento, hubiera desplegado las mas nobles inclinaciones.

En este estado, mi padre, constante en el propósito que habia formado de asegurar el engrandecimiento

de su nombre y el aumento de mi hermano, consultó los medios de separarme de su lado y escusar la molestia que pudiera ocasionarle una colocacion análoga á mis deseos, y resolvió que me dedicase á alguna comunidad religiosa.

Un hermano suyo era justamente superior del monasterio de San Genaro, situado en las cercanias del Vesuvio, y en un pais montuoso y solitario. Todo era rudo y silvestre al rededor de esta mansion religiosa. La naturaleza, desdeñando los atavíos del cultivo y del arte, se presenta allí bajo el aspecto mas imponente, y tan solo ofrece por cualquiera parte áridos peñascos y espantosos precipicios. La quietud y el silencio que reinan en esta soledad, no conocen mas interrupcion que el áspero graznido de la Corneja que se anida en los antiguos torreones del convento, ó el murmullo del torrente, que despeñándose de

roca en roca, se agita y se revuelve en las angosturas de un barranco vecino.

Aquí, lejos del mundo y de sus peligros, se me destinó á pasar mis dias; dias tranquilos é inocentes, si la inconstancia de mi caracter me hubiera permitido seguir esta segura senda, ó si tal hubiese sido la voluntad de los cielos.

Era mi tio un hombre de un caracter tan melancólico y severo, como celoso de la observancia de su regla; y en la austeridad de sus costumbres ofrecia á sus subalternos un alto ejemplo de virtud y de piedad. Procuraba éste virtuoso Prelado dirigir mis inclinaciones al estudio de la fisica: se complacia en esplicarme las operaciones mas ocultas de la naturaleza: describíame el órden y movimiento de los ástros; y descendiendo á las profundidades de los mares, escudriñaba los secretos de su seno. A veces contemplábamos juntos, y con una emocion

pavorosa, las erupciones del abrasado Vesuvio, cuyas sulfúreas llamas, rasgando el obscuro velo de la noche, iluminaban el horizonte desde el uno al otro estremo. Veíamosle arrojar desde su centro, al través de una lluvia de llamas y cenizas, la lava ardiente, que luego serpeaba por el monte abajo en arroyos de fuego líquido. En semejantes ocasiones, y al notar los estremos convulsivos de nuestro planeta, tomaba el vuelo la fantasía, y penetrando las entrañas de la tierra, registrábamos sus lóbregas cavernas, y discurríamos sobre el origen de los metales, sobre la formacion de la materia volcánica, y sobre la existencia de los fuegos subterráneos. Pasando en seguida á encarecer la grandeza y sabiduría del Creador, tomaba de aquí ocasion para inspirarme el gusto á la vida contemplativa y á la abstraccion del mundo: inútil empeño, como él mismo echó luego de ver.

Habia en el convento un Religioso que habiendo sido pintor, se dedicó despues á la devota reclusion del claustro. Era un hombre de complexion saturnina, y seguia su profesion en el retiro de su celda, y de tal modo que pudieran sus estudios servirle de penitencia. La representacion del rostro y cuerpo humano en las agonías de la muerte, era el objeto favorito de sus tareas. Complacíase en trasladar al lienzo el aspecto de los cadáveres en el estado mas asqueroso de la corrupcion; y los rasgos de su pincel daban un realce horrible á los misterios de la huesa. Mi espíritu se estremece al recordar las producciones de su arte: no obstante, su vista fue lo que inspiró á mi acalorada imaginacion el deseo de aprender y alcanzar las perfecciones de la pintura. En efecto, bajo la instruccion de este maestro fueron rápidos mis progresos; llegué á ejecutar algunas obras que merecie-

ron su aprobacion y la de toda la comunidad; y aun tuve la satisfaccion de que algunas de ellas sirviesen para adorno de los altares.

En esta ocupacion, y en el cumplimiento de mis obligaciones monásticas, pasé cerca de un año; pero conociendo entonces que en mi no existian la virtud y el desprendimiento que requiere el estado á que se me destinaba, ó acaso porque asi lo queria mi estrella, me propuse abandonar aquella pacífica morada. Obtuve, pues, de mi virtuoso tio la licencia necesaria, y me puse en camino para Nápoles. En breve dejé atras las alturas estériles de San Genaro, y siguiendo la tortuosa senda que conduce á las llanuras de Bahía, llegué á la salida de un desfiladero, donde luego se me presentó la encantadora vista de la vega de Nápoles, esmaltada de quintas, jardines y palacios. Todo lo que desde aquí se descubria era florido y placentero: es-

taba la naturaleza de fiesta, y ostentaba sus mejores galas: donde quiera que volvia los ojos, encontraba los objetos mas halagueños y propios para excitar la admiracion y la alegría, como mieses abundantes, lozanos viñedos, árboles cargados de fruta, y rebaños numerosos, cuyos pastores entonaban el amoroso romance al son de sus rústicos rabeles Mi corazon, hasta entonces comprimido, se esplayó en un piélago de gozo, y se entregó á un cúmulo de sensaciones deliciosas que no caben en la espresion. ¡Oh mundo engañador! (esclame en este arrobo de mis sentidos) ¿cómo tan apacible y lisonjero te presentas, si es que eres tan falso y peligroso? ó tu no eres tan malo como te pintan, ó bajo ese plácido semblante encubres un abismo de traiciones; pero sea como fuere, al mar de tus vicisitudes quiero desde ahora confiar el bajel de mi fortuna.

Bien pronto tuve la satisfaccion de

ver otra vez los soberbios monumentos y palacios magníficos de la capital: volví á contemplar con admiracion el lujo y esplendor que brillan en ella; y atravesando presuroso algunas de sus vistosas calles, me presenté en la casa de mi padre: echéme á sus pies, y pidiéndole perdon de la falta que acababa de cometer, le rogué encarecidamente que no me volviese á mandar á mi convento.

Me recibió mi padre con agrado, mas no con ternura: oyó mis ruegos y mis quejas con paciencia, pero sin interes; y vió las lágrimas que corrian por mi rostro, con la misma inmutable serenidad que en otro tiempo. Tanta insensibilidad, tan fria correspondencia en un padre, amortiguó los sentimientos del amor filial que estaban prontos á renacer en mi pecho, ya lleno de amargura, y ahuyentó las esperanzas todas que habia formado de felicidad. Por último recurso determi-

né á lo menos grangearme la amistad de mi hermano; y para ponerle de mi parte y merecer su confianza hice, pero en vano, los esfuerzos que me fueron posibles. Asi andaban errantes mis afectos sin hallar acogida ni reposo en parte alguna; no de otra suerte que la nave á que contrarios vientos rechazan de la costa, ó como ave descarriada que perdida en la inmensidad de los mares, recorre su vasta superficie sin hallar donde pueda posar su planta fatigada.

Si bien el abandono de mi padre me llenaba de afliccion, todavía la naturaleza me inclinaba á respetar en él un objeto sagrado, un sér que tenia derechos irrecusables á mi veneracion. En esta parte era menos mi desgracia: pero mi natural orgullo se resistia á tolerar los ultrajes de un hermano, los desprecios de aquel que me era moral y físicamente inferior. Una vez en que le reconvine con alguna viveza

por este motivo, me replicó en los términos mas insultantes é injuriosos. Entonces fue cuando mi genio impetuoso se abandonó al impulso de las pasiones: un incendio ardia en mi pecho; y ya iba á castigar su insolencia, cuando un resto de consideracion le preservó de los efectos de mi cólera; y viendo cerca de mí un criado, favorito suyo, quise tomar en este la venganza de tantos agravios, sentéle una mano vigorosa, y le derribé á los pies de su señor. Dió la casualidad de pasar por allí mi padre á esta sazon; y sin inquirir la causa de accion tan violenta, prorumpió contra mí en amenazas y vituperios. El rigor de la reprension despertó de nuevo mi excesiva sensibilidad: el dolor y la indignacion se apoderaron de mi corazon; y en un rapto de impaciencia se me escaparon algunas espresiones irreverentes; mas luego acudió naturaleza á repararlas con el llanto, y apa-

gó las llamas de la desesperacion. Sorprendido quedó mi padre de mi osadia, y mandóme con aspereza que me retirase de su presencia. Obedecí confuso y pesaroso; y combatido de una tempestad de contrarios afectos, me encerré en mi aposento.

Algunos momentos despues, oyendo que hablaban en la pieza contigua, que era el gabinete de mi padre, y que se pronunciaba mi nombre, no pude menos de poner atencion, y llegué á entender que consultaban mi padre y mi hermano, sobre los medios de hacerme volver sin ruido á mi anterior clausura. Al punto tomé mi resolucion; ya no me quedaba mas partido que la fuga; y aquella misma noche me embarqué en el primer barco que se hizo á la vela, sin saber yo el destino que llevaba. Levantóse un viento favorable, tendió sus álas la navecilla, y despues de una corta travesía nos hallamos á la vista de Génova.

Al entrar en su espacioso puerto, y viendo la estension y belleza de la ciudad, con las fortalezas, templos y palacios, que se elevan los unos sobre los otros en forma de anfiteatro, conocí desde luego que con razon se la distinguia con el título de Génova *la Superba.* Habiendo desembarcado, empecé á discurrir sin objeto alguno fijo por aquellas calles y plazas: llegué á la *Strada Nuova*: atravesé la *Strada Balbi;* y por todas partes no veia sino primores de arquitectura. Cuando á la caida de la tarde me reuní con el lucido y numeroso concurso que llena las deliciosas alamedas del *Acqua verde*, pensé haber hallado un Paraiso. Ibánseme los ojos tras de tanto objeto placentero: todos los hombres me parecian amables, y hermosas todas las mugeres; y me figuraba que solo viviendo en Génova podia uno ser feliz.

Muy pocos dias bastaron para di-

sipar tan dulce ilusion. Mis recursos pecuniarios caminaban á su término; y no tardé en esperimentar, por la primera vez en mi vida, los rigores de la necesidad. Este acontecimiento tan natural pero tan imprevisto, y el aspecto aterrador de un porvenir tan triste como incierto, al considerarme solo y desconocido en tierra agena, me llenaron de confusion; y ya no me parecia mas que un odioso destierro aquella Génova poco antes tan hermosa y placentera.

Iba paseándome por la ciudad, entregado á tan melancólicas reflexiones, cuando la casualidad condujo mis pasos á la suntuosa iglesia de la *Annunciata*. Un célebre pintor estaba dirigiendo la colocacion de un cuadro de nuestra Señora sobre el altar mayor. Las ideas que tenia yo del arte, me hicieron reconocer en el momento el mérito de la pintura. La divina espresion de aquella imagen, y la inocen-

cia y ternura maternal que brillaban en su semblante, me arrancaron una esclamacion espresiva de mi sorpresa; y levantando con entusiasmo las manos y los ojos hacia el cielo, manifesté á un mismo tiempo mi admiracion y mi inteligencia. Notando el pintor la impresion que me habia hecho su cuadro, y agradecido á una atencion tanto mas lisonjera por venir de un inteligente (como debió de conocer que yo lo era) me dirigió algunas palabras con tanta urbanidad y dulzura, que al punto se apoderó de mi confianza.

En las circunstancias en que me hallaba no podia dejar de ser muy preciosa cualquiera demostracion de amistad; asi es, que le hice la relacion de mis sucesos, y le descubrí mi situacion, ocultando solamente mi clase y apellido. El generoso artista me cobró cariño, me llevó á su casa, y desde aquel punto era yo su discípulo predilecto. El talento y disposicion que decia re-

conocer en mí, me animaba á los mayores esfuerzos para merecer sus elogios y no desmentir su buen concepto. ¡Cuán serenos fueron aquellos dias en que á la sombra protectora de mi bienhechor, me ocupaba del estudio de los modelos mas perfectos, y de la imitacion de todo lo mas hermoso y sublíme de la historia y de la fábula; cuando la imaginacion, exaltada con las ideas nobles y poéticas que habia atesorado, parecia haber abierto á mi ingenio una nueva esfera, una region de encanto! Habia adquirido una facilidad estraordinaria para delinear las facciones humanas, y era tan feliz en fijar la espresion característica de los semblantes, que con frecuencia solia mi maestro confiarme la ejecucion de aquellas obras en que mas se interesaba su amor propio.

Llegó el caso de tener que hacer una pieza histórica, por encargo de un caballero principal de Génova, en que

debian introducirse las semejanzas de algunos individuos de su familia. Entre estos sobresalía la hermosa Blanca, su hija, de edad de diez y seis años, cuyo retrató fue reservado á mi pincel. La primera vez que ví á esta soberana hermosura fue en el palacio de su padre, donde me presenté para el efecto que acabo de decir. El sol cuando sale en sus resplandores tras de una noche obscura, no es mas hermoso ni mas grato á los sentidos, de lo que fue para mis ojos la vista de este peregrino objeto. Querer referir sus gracias, tan imposible fuera como contar las estrellas que matizan el firmamento ó las arenas que lleva el mar. Creí ver realizado en ella el bello ideal de los poetas: una gloria celestial parecia que la rodeaba: era bella entre las bellas, pero tan superior á cuanto hasta entonces habia visto, que en un éstasis de admiracion y de respeto, faltó poco para adorarla como á deidad.

Tal era Blanca, cuyas divinas facciones fue gloria mia consignar al lienzo, al fin mezquino trasunto de tan altas perfecciones. ¡Con cuánto celo trazaba mi mano los contornos de su rostro, recorriendo sus hechizos con mis ojos, en tanto que el corazon se abrasaba en los rayos de los suyos! Procuraba dilatar este lisonjero estudio; y entre tanto labraba mi perdicion, dando paso por el alma á una pasion funesta, á un amor desventurado. Crecia por momentos este afecto; y en mi pecho joven y susceptible, ardia la amorosa llama con tanta mas viveza cuanto que hasta entonces habia estado inerme. ¡Dichoso el habitante frio de mas templados climas, que desconoce tal vez la violencia que tienen las pasiones en nuestros cielos meridionales!

Al cabo de algunos dias quedó concluido mi trabajo, y al punto se me excluyó de la vista de Blanca. Sin haberla declarado mis sentimientos, sin

haberla podido hablar de mi amor, llegó á faltarme el consuelo de mis ojos, y perdí lo que mas queria. Empero, quedaba conmigo su memoria: su imagen estaba grabada en mi corazon; y ocupaba de manera mis pensamientos, que su influencia dirigía mi pincel. Asi es, que cuando queria sacar una cabeza hermosa, ó cuando se trataba de pintar una *Madonna*, no hacia mas de reproducir la imagen de mi amada.

En tal estado vivia, cuando aconteció para mi desdicha la muerte de mi amigo el pintor. El sentimiento que tuve con este motivo, díganlo las lágrimas que derramé, que la pluma no basta á tanto empeño. Antes de morir me recomendó con instancia á la proteccion de un caballero distinguido que siempre habia sido su amigo y favorecedor. Este noble sugeto, que era amante y protector de las bellas artes, ya fuese en obsequio de la memoria de

mi maestro, ó ya porque la fama de mis obras empezaban á llamar la atencion, y á merecer los aplausos del público, no tardó en darme las pruebas mas satisfactorias de su aprecio y benevolencia. Habiéndose propuesto pasar una temporada en el campo, quiso llevarme consigo; y en efecto, partimos juntos para una quinta que tenia el Conde (que este era su título) en las inmediaciones de Sestri, orillas del mar, y en la situacion mas pintoresca.

En esta deliciosa morada se habian reunido con un acierto singular todos los gustos de la vida civil y campestre. En la disposicion y adorno de la casa y de los jardines iban mano á mano la naturaleza y el arte, la sencillez y la elegancia. Su posicion ofrecia una larga perspectiva de la amena costa de Liguria y del vasto mediterráneo. A una y á otra parte habia hermosas estatuas, claras fuentes, y bosques sombríos y frondosos.

En este retiro fue donde conocí á Octavio, hijo único del Conde, cuya edad y la mia venian á ser la misma. Era Octavio fino en sus modales, galan y de buena presencia, pero caprichoso y disimulado. Su afabilidad atraía las voluntades, al paso que la espresion dudosa de su semblante ahuyentaba la confianza. Esto no obstante, el trato íntimo que existia entre los dos dió lugar á la amistad; si bien esta nunca llegó á ser muy estrécha por la persuasion en que vivia el jóven Conde de la superioridad de su clase y nacimiento. Pero Octavio carecia de instruccion, y en las facultades intelectuales se reconocia tácitamente inferior á mí; añadiéndose á esto que el conocimiento cierto que tenia yo de mi calidad (igual por lo menos á la suya) me daba el ascendiente en lo moral, y á mi conducta una noble independencia.

Habíanse pasado algunos meses en

esta apacible soledad sin que en todo el tiempo faltáse un punto de mi memoria la imagen de mi adorada Blanca, y sin que estudios ni distracciones fuesen bastantes para divertir la melancolía que me causaba su ausencia. Por este tiempo anunció el Conde la próxima venida de un nuevo huesped. Un pariente cercano suyo acababa de morir, dejando á su proteccion una hija única, jóven y hermosa. El dia de su llegada á la Quinta, salí con los demas á recibirla en la sala principal, y vimos entrar por ella, á paso lento y apoyada en el brazo del Conde, una dama jóven, vestida de luto. El airoso *mezzaro* cubria su rostro y parte de su cuerpo sin ocultar las graciosas formas de un talle esquisito. Estaba yo mirándola con atencion, cuando alzó el velo, y, ¡Cielos! quien lo pensára, era Blanca, era la misma por quien yo moria, y cuya ausencia me apesarába. ¡Cuál fue mi sorpresa! ¡cuánto mi re-

gocijo por dicha tan inesperada! Echó de ver Blanca los estremos de mi agitacion: el delicado carmin de la modestia se esparció por sus mejillas al saludarme; y renovándose con mi presencia la memoria de su padre, se le arrasaron los ojos de lágrimas.

Esta creo que fue la época mas venturosa de mi vida, y por lo mismo la de menos duracion; que la cortedad es pension forzosa de la dicha. Una feliz casualidad me habia vuelto á reunir al objeto de mis ansias, y me era permitido ver y hablar á Blanca cada dia. El trato frecuente hizo desaparecer por grados el embarazo que su presencia solia causarme: y ella, admitiendo complacida las atenciones que solícito la dedicaba, dió álas á mis esperanzas, y á mí amor mayores fuerzas. Nuestra situacion era análoga: ambos habíamos quedado solos en el mundo: uno y otro habíamos padecido en nuestras familias la pérdida mas sen-

sible; nuestros gustos é inclinaciones eran semejantes. ¿Qué mucho que de aquí naciese la simpatía? ¿qué mucho que dos corazones, nacidos al parecer el uno para el otro, se enredasen mutuamente en el lazo mas tierno y poderoso? En efecto, la desigualdad que parecia separarme de Blanca, no estorbó que en su generoso pecho prevaleciesen sentimientos favorables á mi pretension; sus ojos me lo decian, su boca me lo declaró, y, ¡oh tiempo de la gloria mia! llegué á entender que Blanca me amaba.

Enamorado y correspondido, era yo, cuando Dios queria, el mortal mas dichoso de la tierra. En este delirio de los sentidos vivia cuando la reflexion importuna vino á despertarme de tan delicioso sueño. El corazon de Blanca era mio: "Y bien, dije, ¿qué haré yo de tan preciosa prenda? ¿qué riquezas, qué títulos, qué galardon puedo ofrecerla en medio de mí actual po-

breza y abatimiento? ¿Será justo que pretenda su mano para humillarla al estado mísero á que me veo reducido? ¿así he de corresponder á la hospitalidad y favores del Conde? ¡Ah, no....! esto no ha de ser: huyámos lejos de aquí: olvidémos, si es posible, á Blanca, y sea yo solo en mí desdicha: el honor lo exige, el deber lo ordena."

Apenas formaba una resolucion semejante, cuando la destruía el amor; que es vana la porfia de un desdichado contra su estrella. En el discurso de esta lucha entre la obligacion y las pasiones, iban sucumbiendo el ánimo y la salud á mi dolor, y las sombras de la tristeza cubrieron otra vez el horizonte de mi naciente felicidad.

En tan penosa situacion me hallaba, cuando llegó casualmente á mis manos una gaceta de Nápoles, y leí la noticia de la muerte de mi hermano. En este ...so se solicitaba al que supiese de mi paradero, que lo comuni-

case: y en el caso de alcanzarme á mí la noticia, que me apresurase á pasar á Nápoles á consolar á un padre enfermo y afligido.

La muerte de mi hermano no dejó de causarme algun dolor; pero fue pasagero el sentimiento, y proporcionado al poco cariño que le habia merecido. Pero la situacion de mi padre, anciano ahora y achacoso, y la consideracion de que en su tristeza y abatimiento reclamaba los consuelos de su hijo, hicieron renacer en todo su ardor la piedad filial, y desterré de mi pecho todo resto de resentimiento.

No seria fácil ponderar la satisfaccion que esperimenté con tan feliz suceso. Ya el cielo se mostraba mas compasivo; y en tan repentina mudanza de fortuna, me restituía á mí casa, á mi nombre y á la opulencia, presentándome ademas la prespectiva de otra dicha, si bien mas adelante, no menos envidiable. Sin detenerme mu-

cho en estos discursos, vuelo á los pies de Blanca á participarla tan alegres nuevas; llego, pongo en sus manos la gaceta, y esclamo: "Blanca, mi bien, lée, examina estos renglones que publican mi ventura y me restituyen á mí patria, á mí mismo y á tí, pues me hacen (que es mas que todo) digno de la gloria de ser tuyo. Y pues ya puedo aspirar á ese cielo, dame en albricias la seguridad de una fé constante y firme."

Dióme Blanca el parabien de mi fortuna en los términos mas espresivos: no porque el vil interes influyese jamas en su alma noble y generosa, sino porque veía ahora restablecida la serenidad en mi semblante, y superado el mayor obstáculo á nuestra union. Aquí se renovaron entre los dos las protestas de un afecto inalterable. Solo faltaba comunicar al Conde esta novedad, y manifestarle mi verdadero nombre y circunstancias: pero

hallándose á la sazon ausente, me declaré con Octavio; y abriéndole mi pecho francamente, le participé mi prosperidad, mi amor y mis esperanzas. Correspondió Octavio á esta confianza con repetidas felicitaciones, y con espresiones prolijas de amistad y simpatía. Por mi parte, en un arrebato de alegría, abracé afectuosamente á Octavio, y casi le pedí perdon de haber dudado alguna vez de la sinceridad de su afecto.

Desde aquel dia quedó el jóven Conde constituído nuestro confidente y consejero. El plan que debia seguirse en esta ocasion se formó con la prontitud y entusiasmo que es natural á los jóvenes. Se dispuso que pasára yo incontinente á Nápoles, y restablecido en el afecto de mi padre, solicitase su consentimiento, y que tan luego como lo permitiesen las circunstancias regresaria á Sestri á pedir la mano de Blanca. Entre tanto Octavio velaria sobre

nuestros intereses, y seria el conducto de nuestra correspondencia.

Llegó la hora de mi partida, y ya era forzoso separarme de mi querida. En tan riguroso trance, y sin resolverme jamas á pronunciar el último adios, volvia sobre ella los ojos, y tornando una y otra vez á mirarla, Blanca, esclamé, "yo parto, pero contigo dejo el alma: conserváme con ella la fé que me juraste, en tanto que sobre las álas del amor, vengo á rendir á tus pies mi libertad y mi albedrío." Ella entonces con una espresion candorosa me presenta la mano, en que puse el sello de mis amantes labios; los dulces acentos de su boca me aseguran de su firmeza: sus lágrimas dijeron aun mucho mas. A la hora, haciendo un esfuerzo para arrancarme de aquellos sitios, encamino el paso vacilante y trémulo adonde un caballo me espera, y montando en él, le precipito en su carrera la vuelta de Génova.

A mi llegada á esta ciudad, me embarqué para Nápoles; y cuando ya el ligero falucho dejaba muy atras las altas torres de Génova, todavía mis ojos recorrian la costa de Sestri, ansiosos por descubrir la Quinta en que se encerraba mi tesoro. Puesta la vista en esta direccion, permanecí pensando en Blanca, hasta tanto que la lejanía del horizonte y el crepúsculo de la noche confundieron insensiblemente los objetos.

En breve volví á pisar el patrio suelo. Apenas hube desembarcado, me dirijo al palacio de mis abuelos: llego á sus soberbios umbrales, y no soy conocido de los criados: ¡tanto pudieron en mis facciones unos pocos años junto con muchos cuidados! Al anunciarme por mi nombre, muda repentinamente la escena; los unos me colman de parabienes; los otros se apresuran á comunicar á mi padre la noticia de mi venida, y todos á porfia me prodigan sus atenciones y obsequios. In-

troducido en el gabinete de mi padre, quise arrojarme á sus pies; mas él me recibe en sus brazos. En medio de mi regocijo, en el exceso de mi ternura, se negaba la lengua á la espresion de los sentimientos que rebosaban en mi pecho, y solo pude decir: "Padre, señor, vuestro perdon imploro; perdonad mis estravíos." Entre tanto, mi padre me estrechaba en su seno, diciéndome entre sollozos: "¡Oh luz de mis ojos! ¡consuelo de mis cansados años! ¡hijo querido! en fin el cielo te vuelve á mis brazos para que en ellos recibas, con aumento de cariño, el galardon de las penas que debió de causarte mi pasada alucinacion." Este afectuoso lenguage, tan grato cuanto nuevo á mis oidos, no podia dejar de enternecerme, asi como el contemplar la mengua de su salud y de sus fuerzas, tristes efectos del tiempo y de los achaques.

Desde este punto parecia que mi padre solo vivia por mí y para mí. Si

por algunos instantes me ausentaba de su aposento, se conocia su inquietud, seguíame con los ojos hasta la puerta, y sin apartarlos de ella, se estaba asi esperando que volviese á su presencia. En tal estado hubiera sido inútil hablarle de mis relaciones con Blanca: hubiera sido cruel, aun cuando él lo consintiese, quererle dejar para ir en pos de mi propia felicidad.

En este intermedio, valiéndome de Octavio, no perdia ocasion de escribir á Blanca: ¡delicioso recurso! por cuyo medio engañaba las penas de la ausencia, y comunicaba el amoroso pensamiento que la lengua no podia decir. Recibia yo sus respuestas por el mismo conducto, y todas ellas respiraban una amorosa ternura.

En esta dulce y mutua correspondencia, y en el cumplimiento del deber filial, se pasaron algunos meses, sin que cediese un punto de su ardor la pasion que me dominaba. Empero, las

noticias que recibia de Blanca ya no eran tan frecuentes, y sus cartas no me parecian tan espresivas como antes, ni concebidas en el mismo espíritu candoroso y apasionado que en otro tiempo. Un triste y vago recelo empezó á apoderarse de mi ánimo, y á vuelta de estas dudas determino volar á Sestri, á reclamar la mano de mi amada. Me apresuro á declarar á mi padre el compromiso de mi corazon; y, logrado su consentimiento á cuanto podia desear, vuelvo á entregarme á discrecion del viento y de las olas, haciéndoseme siglos los momentos que tardaba en llegar á la vista de la que era causa de mis ansias y cuidados.

Los elementos, favorables á mis deseos, me condujeron otra vez á las playas de Génova; y al abordar á ellas, torno á buscar con impaciencia las señales de mi próxima felicidad, registrando con la vista las apacibles riberas de Sestri. Ya los objetos aumen-

tándose por instantes se distinguen con mas claridad, al fin se descubre la sagrada mansion de Blanca, y á su vista se me representa de nuevo entre mil gratas memorias la imagen de la que mi alma adora. Apenas pude esperar á que el barco diera fondo; hubiera querido ganar la tierra á nado; pero en fin desembarcamos, y saltando luego en un ligero caballo, tomo á rienda suelta el camino de la Quinta, doy la vuelta á la torre del Faro, y en seguida llego á las inmediaciones de aquel sitio tan deseado, que era la esfera que el sol de Blanca iluminaba con sus rayos.

Era tanta la agitacion de mis sentidos, que fue forzoso detenerme un instante á fin de cobrar aliento para penetrar este recinto, y correr el velo á mi destino. Asi, pues, echando pie á tierra, fuí á pasos lentos acercándome á la casa; y en tanto, discurrian mis ojos por aquellos parages tan co-

nocidos como agradables, donde todo respiraba Blanca, y todo despertaba en mi pecho los recuerdos mas lisonjeros. Pasando rápidamente de uno en otro objeto, iba el alma solicitando nuevas de Blanca á los árboles, flores y fuentes, mudos testigos de mi amor, y en otro tiempo de mi dicha.

Habiendo dado la vuelta á la casa, llegué á la puerta del jardin, y hallándola abierta, determiné entrar por este lado. "Ea, Cesareo, dije en mi interior, hoy es el dia en que vas á ser el amante mas venturoso ó el mas desdichado de los mortales." Pasé adelante, y todo se hallaba en el propio estado que antes. Allí estaban las plantas y flores que sus delicadas manos solian cuidar; allí se veian las mismas calles, floridos laberintos, donde tantas veces nos habiamos paseado juntos. Cerca de una fuente y sobre un banco de piedra, asiento favorito de Blanca, encontré un libro: dentro de él ha-

bia un guante; y ¡oh Dios! reconocí que uno y otro eran de Blanca. El libro era un Metastasio que yo la habia dado, y al abrirle casualmente, leí estos renglones:

Se fidele á te son io,
Se mi struggo á tuoi bei lumi,
Sallo amor, lo sanno i numi,
Il mio cuor, il tuo, lo sa.

Todo eran indicios de la fidelidad de Blanca, todo anunciaba el desenlace mas felíz; y ya solo me faltaba verla, cuando desde un cenador inmediato oigo salir una suave y dulce voz, que al son de un instrumento, llenaba el aire de melodía. Al punto conocí que eran de Blanca aquellos acentos; que el instinto de un amante no es fácil que se engañe. Llegué pisando quedo hasta la puerta del cenador; y vuelta de espaldas á mí, veo á Blanca, que con acompañamiento de una harpa estaba cantando un romance que habia

yo compuesto. Estúve un rato absorto y pendiente de su voz, y apenas pude articular para decir: "¡Blanca, Blanca, mí bien!" Al pronunciar estas palabras, vuelve ella la cabeza, y al mirarme lanza un grito, arroja la harpa al suelo, y esclama: "¡Oh Dios! ¡qué es lo que veo! ¿qué me quieres? déjame." En seguida un desmayo mortal se apoderó de sus sentidos, el pálido color de la muerte cubrió su hermoso rostro, trocándose claveles por azucenas.

Yo que la habia cogido en mis brazos y la estaba sosteniendo, procuraba de mil maneras hacerla volver en sí, ora llamándola por su nombre, ora empleando las espresiones mas tiernas que el amor podia sugerirme. Al fin, abrió los ojos, y dando un profundo suspiro. "¡Cielos! dijo, ¿qué es esto que me sucede? ¿adónde estoy?"

"En los brazos, dije yo, de Cesáreo, de tu amante y esposo."

"Ah, nó, nó, replicó ella, no hablemos mas de eso.... aparta... huye."

Cada palabra que salia de sus labios era un golpe que me traspasaba el corazon. El fuego devorador de los zelos ardia ya en mi pecho; y en tal abismo de dudas y confusiones, parecíame que solo la muerte podia ser remedio á mal tan inesperado. "Blanca, vuelvo á decir, mí bien, mí vida, ¿qué novedad es esta? ¿qué mudanza es la que veo? ¿así me recibes cuando te llego á ver? ¿así pagas el amor mas firme y la fé mas pura? ¡Tú lloras! ¡tú suspiras al mirarme! Habla, esplícame tales misterios, antes que el dolor me mate y veas espirar á tus pies á el mas fino de los amantes.

"Calla, deten la lengua, respondió ella, no ofendas mi honor con discursos semejantes: esto, ¡ay de mí! se acabó para siempre."

"¿Pero cómo? ¿por qué?"

"Porque estoy.... estoy.... casada."

"¡Válgame el cielo! dije, ¡qué es lo que escucho! ¡tú casada con otro, y yo he vivido para verlo! ¡Cruel! ¡ingrata! ¿así pudiste burlar mi amor y mis esperanzas? ¿en tan breve espacio pudo haber en tí tal mudanza, tanto olvido? ¡vanas confianzas! ¡deseos mal logrados! Fácil, inconstante muger, y muger en fin, ¿qué disculpa, qué satisfaccion podrás darme en tanta pena?"

"Solo lágrimas, dijo Blanca, y vivos sentimientos que llegan tarde para el remedio."

"¿Cuál ha sido la causa de tan estraña resolucion?"

"Haber creido la noticia de tu muerte."

"¿Y nuestra correspondencia? esclamé, y las cartas que te escribí?»

"El cielo, dijo, me sea testigo que ninguna he recibido."

"Mira, Blanca, que tengo tus respuestas."

"Serán fingidas, me replicó; pues

como á los pocos dias que te ausentaste de aquí, llegó la triste noticia de tu muerte, y de haber perecido en alta mar el barco que te llevaba, es claro que solo pude llorar tu desdicha y la mia, sin que hubiese ya motivo para escribir."

Una horrible sospecha hirió entonces mi entendimiento. "Blanca, esclamé: ¿quién te dijo que era yo muerto?" Queria ella ocultar esta circunstancia; pero al fin, cediendo á mis instancias, dijo con voz trémula, "Octavio."

Al oir este nombre, arrebatado de la cólera y de los zelos, trastornados los sentidos y fuera de mí, impetré la maldicion de Dios sobre la cabeza del traidor. Estremecióse Blanca al oir la imprecacion, y esclamó: "Ah no, no le maldigas, mira que Octavio es....."

"Que, ¿qué es Octavio? dije, acaba, y apuremos el veneno."

"Es mi esposo."

El horror, el espanto que me infundió este descubrimiento solo puede concebirse, la lengua no es capaz de decirlo: la tierra parecia hundirse debajo de mis pies, y desplomarse sobre mi cabeza toda la máquina celeste. Estúve largo rato sin poderme recobrar de mi sorpresa. Volviendo despues á la consideracion de mi ofensa y de la traicion de Octavio, la ira y el despecho tomaron otravez el ascendiente: la sangre comenzó á correr hirbiendo por las venas, y desde lo íntimo del alma sentia resonar el grito de la venganza. Saliendo pues de allí enfurecido: "Blanca, esclamé, adios para siempre: yo te pierdo; pero no piense el fementido Octavio ser él jamas tu dueño. No, al cielo y á este brazo dará, en breve, cuenta de su perfidia."

Al apartarme algunos pasos del cenador, veo delante de mí á Octavio. A su vista se me representa mi agravio en toda su estension. Arrastrado de

mi destino, ciego y frenético, me arrojo sobre él con la espada en la mano: el terror se leía en su semblante, y apenas tuvo aliento para desenvainar la suya. "¡Traidor! le dije, veámos ahora si como tienes osadía para hacer un agravio, tienes valor para sostenerlo. Tu me has vendido: recibe tu recompensa;" y apartando facilmente la cobarde espada que temblaba en su mano, le atravesé una y otra vez el pecho con la mia.

Allí, bañado en sangre, horrido el semblante con las convulsiones de la muerte, y erizados los cabellos, cayó aquel miserable, y exhaló á mis pies el vital aliento.

Apenas hube consumado tan atroz delito, siento resonar en mis oidos un grito agudo y lastimero, y volviendo la cabeza veo á Blanca, que, estendidos los brazos hacia el cielo y dando voces descompasadas, se venia presurosa hacia el lugar de esta sangrienta

escena. A su vista se me turbaron los sentidos, el terror se apoderó de mi corazon; y por no escuchar sus amargas y justas quejas, por no ver los estremos dolorosos que hacia, me apresuré á huir de tan funesto sitio. Sin saber adonde dirigir la pavorosa planta, y sin llevar direccion alguna fija, anduve errante por sitios solitarios y despoblados, hasta que rendidas las fuerzas y sobreviniendo las sombras de la noche, hube de detener el paso, quedando en medio de la obscuridad universal, solo y sin saber adonde me hallaba, rodeado de mil temores, y abrumado el pensamiento con el peso de mi crímen. En tal estado me parecia estar viendo todavía el rostro del moribundo Octavio: me figuraba oirle pedir al cielo el castigo de su matador: los árboles, los peñascos, que al través de las tinieblas se divisaban confusamente, se me hacian horrendos espectros; y una hoja que se moviera al impulso de un

zéfiro leve me llenaba de sobresalto, pareciéndome tener al lado un ministro de justicia: tanto acobarda al mas animoso una conciencia delincuente. Pero la pena mas cruel y lo que mas fatigaba mi espíritu, era, como he dicho, la imagen del muerto Octavio, que por todas partes se me representaba. Donde quiera que volvia los ojos, allí le estaba viendo; pero con tanta propiedad y viveza que no habia forma de persuadirse fuese una ilusion de la fantasía. Pasóse al fin esta noche triste, principio de mis ansias, y tal que no la volviera á pasar á trueque de ganar un siglo de felicidades. Comenzaba ya el sol naciente á derramar sobre la tierra sus resplandores, y me animé á esperar con su presencia el remedio de mis penas. Me esforcé á olvidar la vision horrible que tanto habia perseguido mi imaginacion en la noche anterior; pero en esto, volviendo atras la cabeza, vieron otra vez mis ojos con espan-

to el aspecto horroroso del difunto. Con el terror que me inspiró su vista pensé perder el juicio, la sangre parecia que se me helaba entre las venas, y agitaba todos mis miembros un temblor irresistible. Quise huir de este tremendo objeto; y alejándome de allí con la celeridad que pude, me dirigí á las montañas, y me interné en lo mas inculto y escabroso de ellas. Pero fue diligencia inútil; pues por mas que mudaba de lugar, el espectro de Octavio me acompañaba constantemente, y si alguna vez volvia la cabeza, siempre veia á mis espaldas el sangriento semblante del que fue víctima de mi furor. Al fin, rendido, confuso y desesperado, me arrojé en el suelo, y cubriéndome el rostro con las manos dí libre curso á mis lágrimas.

En estos montes permanecí por muchos dias hecho compañero de las fieras, y habitante de breñas y peñascos. La robusta encina me daba con

su fruto el alimento; un arroyo cristalino apagaba mi sed; las cuevas eran mi morada, y mi lecho el duro suelo. Cansado, al fin, de la triste y penosa vida que llevaba, discurriendo por aquellos sitios solitarios y desiertos, determiné abandonar aquellas asperezas, y buscar la sociedad en un país que no estuviese sujeto á las leyes de Génova. Para este fin comuniqué con mi padre mi desgracia y mis designios, y no tardé en esperimentar su generosidad; pues me suministró largamente los medios de poner en ejecucion el plan que habia concebido. Pasé á Venecia, á este centro de delicias, patria de la alegría, y reino del placer. Aquí me entregué á todo género de placeres y diversiones, con la esperanza de sofocar la voz de mi conciencia con el bullicio y ruido de mis pasatiempos. Sin perdonar gasto ni ocasion alguna, concurria el primero á todas las reuniones públicas, á máscaras, músicas

y bailes; y lisonjeábame de anegar mis remordimientos en un piélago de distracciones; pero en vano: porque llevaba conmigo dentro de mi corazon un sentimiento que me consumia, y ¡oh suerte rigurosa! la sombra de Octavio, sin apartarse de mí un punto, me seguia invariablemente, y cuantas veces volvia atras los ojos otras tantas me aterraba su aspecto amenazador. Esta accion tantas veces repetida llegó á ser vicio y costumbre, y debió de llamar vuestra atencion cuando por primera vez me visteis en el Piamonte.

Salí de Venecia, me trasladé á Roma, visité á Turin, y recorrí la mayor parte de la Italia, hasta que tuve la dicha de conoceros; pero fueron inútiles mis esfuerzos, y mi mal no hallaba diminucion alguna. Al fin traté de familiarizarme con este espantoso objeto, pensando asi vencer el horror que me inspiraba; y valiéndome de mi destreza en el diseño, hice una pintura de

aquel rostro moribundo, que es la misma que dejé en el cuarto que ocupaba en vuestro castillo. Por último, apelando al único recurso que me quedaba, impetré los auxilios de la Religion; y postrado al pie de los altares regaba el suelo con lágrimas de arrepentimiento, é imploraba al Dios de las misericordias el perdon de mi delito. Llegó por fin el dia de mi redencion; y al tiempo que se celebraba en vuestra iglesia un Miserere, estando yo en el fervor de mis plegarias, parecióme oir una voz angelical que mezclándose armoniosamente con los acentos del órgano magestuoso, me ofrecia la paz, y me aseguraba la remision del cielo, con tal que poniéndome á discrecion de las leyes, consintiese en espiar mi ofensa en la forma que exigiese la justicia humana. Al momento admití el partido, y en seguida esperimenté un alivio singular en mi dolor, y un consuelo que no pue-

do encarecer. Desde aquel punto se desvaneció la vision enemiga de mi sosiego, y parecíame haber sacudido de encima de mi pecho un peso insoportable.

Con este motivo parto inmediatamente para Génova. Allí, acusandomé á mí mismo, ofreceré mi cabeza al rigor de la justicia, satisfaré con mi sangre la vindicta pública, y la felicidad que en esta vida no pude conseguir espero alcanzarla en la venidera.

El Agravio Satisfecho.

....The blackest day,
Wai till tomorrow, will have passed away.
GAY.

Cual sombra leve que pasa,
cual flor que marchita el viento,
pasó mi contentamiento
y la gloria en que me ví.
Convirtióse en solo un hora
en lágrimas mi alegría,
en noche mi claro dia,
y no hay dicha para mí.

Asi decia en su canto una jóven, sentada al pie de un verde sáuce que daba una sombra placentera, orillas de un arroyuelo que corria presuroso á aumentar con su tributo las aguas que bañan los muros de Valencia. Veíanse en su semblante las señales de un do-

lor profundo; y sus ademanes, no menos que la letra que acababa de cantar, anunciaban la pena intensa que padecia; pues ya se la veia levantar los ojos al cielo como quien apela á la justicia divina, ya los volvia desconsolada á la tierra, y lanzando ardientes suspiros, daba libre curso á las lágrimas. Nunca es mas interesante una muger que en la afliccion; y á la verdad, este accidente, respecto de la que forma el asunto de la presente novela, daba un realce singular á su belleza, la cual era tan peregrina que los zéfiros susurrando lo decian, las avecillas la celebraban con gorgéos, y publicábalo murmurando el arroyo que corria. Abismada estaba la dolorida jóven en sus tristes reflexiones, cuando sintió cerca de sí las pisadas de un caballo, y volviendo temerosa la cabeza, se halló de improviso en presencia de un caballero que venia sobre un arrogante bruto, y acompañado de solo un es-

cudero. La gravedad y señorío de su presencia, la nobleza de su rostro, la brillantez y curiosa labor de sus armas, la gala, en fin, de sus arreos, denotaban un hombre principal y un guerrero ilustre. Asi era la verdad; pues no era otro este sugeto que el gran Gonzalo de Córdoba, aquel rayo de la guerra, terror de la morisma, y honor del nombre español: en fin, aquel famoso caudillo que mereció el renombre de gran Capitan.

Era el tiempo en que la conquista de Granada acababa de dar á las armas de los gloriosos reyes Fernando é Isabel, el triunfo mas completo, y á sus estados las delicias de la paz, cuando Gonzalo, asi como otros muchos de los que habian tenido parte en esta empresa, se retiraba de las fatigas de la guerra para descansar sobre sus laureles. Pero como el ardor de su espíritu no le dejaba entregarse enteramente al ocio, resolvió pasar á Valen-

cia, donde á la sazon se prevenian unas solemnes justas, para entretener en tan nobles ejercicios las inclinaciones caballerescas que le animaban. Dejando atras el elevado y tortuoso puerto de Almansa, empezó Gonzalo á entrar en la llanura. De una parte se le presentaba el plácido mediterráneo, cuyo vasto seno se perdía de vista en el claro y remoto horizonte: de la otra, veia aquella espaciosa huerta que la primavera, prodigando sus tesoros, parece haber convertido en jardin florido, y mas adelante se descubria el encumbrado Miquelete, que elevándose sobre las casas y palacios de la capital, se enseñorea por todo el pais circunvecino. A tan grandioso espectáculo añadíase la suavidad balsámica del aire, la benignidad de aquella temperatura, y un cielo en cuya faz cerúlea no se descubria ni si quiera una ligera nube. Todo esto inspiraba á Gonzalo aquella dulce emocion que se siente,

pero no se sabe esplicar, que eleva y suspende la imaginacion, que adormece los sentidos, y dispone el corazon á recibir las mas plácidas impresiones.

En esta disposicion venia Gonzalo, cuando llegó á la entrada de un soto, donde oyó los acentos de una voz delicada que con tono triste, pero melodioso, cantaba de la manera que se ha indicado. Paróse el héroe para escuchar con atencion, y habiendo cesado el canto, se dirigió al sitio donde le habia oido, é hizo el descubrimiento de aquella doncella. Al mirar Gonzalo la hermosura y gentileza de esta jóven, y al notar su desconsuelo, determinó generosamente ofrecerla sus servicios y proteccion. Asi que, apeándose del caballo, y asegurándola que nada tenia que temer: "Perdonádme, la dijo, noble doncella, si he venido á interrumpir vuestra soledad; pero no ha sido posible resistir á los atractivos de una voz tan dulce como la vuestra,

asi como tampoco será fácil, ahora que os miro, que el alma resista al cautiverio con que la amenaza vuestra beldad. Ya que á mi fortuna he debido este féliz encuentro, no deba yo á vuestro rigor una despedida desdeñosa. Por un acaso he sorprendido vuestra tristeza: comunicádme las penas que la motivan; y si en algo puede serviros Gonzalo de Córdoba, que aquí veis, mandádle á discercion; que siendo cosa posible ya está hecha, y si imposible fuese..... se hará."

"Vuestro nombre, dijo la afligida jóven, y la noble franqueza con que os esplicais, me inspiran, ilustre Gonzalo una confianza ilimitada; pero creédme que no basta el valor humano á destruir la pena que me aflige, pues mi mal es de tal naturaleza que solamente del cielo puede venirme su remedio."

"El sin duda, respondió Gonzalo, nos ha reunido en este punto para el

cumplimiento de sus altos designios, y pudiera ser fuese yo el instrumento que ha elegido para vuestra felicidad."

"A tantas finezas, replicó la desconocida, no debo ser insensible; asi pues, ya que de ello gustais, os haré la relacion de mis infortunios, para que veais en ella perseguida la inocencia, calumniada la virtud, y hasta el estremo á que puede llegar la desventura de una muger.

»Mi nombre es Leonor; mi patria la capital de este reino; y al Conde de Villareal debo el dulce título de padre, pues él me dió la existencia. No teniendo yo hermanos, y siendo sola en mi casa, fuí desde mi mas tierna infancia el objeto especial del cariño del Conde: era yo el alma de sus esperanzas, la luz de sus ojos, la gloria de su vejez: los obsequios y las consideraciones se me tributaban á porfia, y en perspectiva se me presentaba el

porvenir mas halagueño. En tales circunstancias era para mi la vida un valle de delicias, y una serie de gustos y satisfacciones. ¡Ay, cuán agena vivia yo entónces de la instabilidad de las cosas humanas, y de la mudanza que en la escena de la vida me preparaba la fortuna! Desde muy temprano vine á ser el objeto de las atenciones de la juventud valenciana; y no lo tengais por vanidad, pero rivalizaban entre sí títulos y caballeros por servirme y complacerme. Veíase entre ellos la galantería en su verdadero punto; se multiplicaban por mí las fiestas, las músicas y bailes; y en su sentir, en faltando Leonor, no habia ni funcion perfecta ni cumplida diversion.

»No quiero cansaros con referir las pretensiones que deseché, los amantes que despedí; pero sí confesaré que en la constelacion de caballeros que resplandecia en el horizonte valenciano, parecíame que brillaba cual astro su-

perior don Enrique de Moncada, y que á éste se inclinó mi albedrío. Y ¿qué mucho que asi sucediese, si en todos los ejercicios propios de su estado, en el manejo, en la esgrima y en el baile, si para romper una lanza ó para rejonear un toro, ninguno le igualaba? ¿si los colores que vestia eran los que dictaba mi capricho, y las divisas que llevaba eran todas alusivas al amor que me tenia? En fin, su mérito sobresaliente y las cualidades particulares que le adornaban, hicieron en mi corazon el efecto que era consiguiente, y en breve correspondí con mi ternura, y con los favores que la honestidad permite, á los sentimientos amorosos que le habia inspirado.

»En esta feliz época de mi vida, y cuando por consentimiento de nuestras familias iba el santo himeneo á coronar un amor tan fino, sonó el clarin de la guerra, y don Enrique, obediente á la voz del honor, partió para el

campo de los reyes católicos, que ya tenian sentados sus reales bajo los muros de Granada. Quedó con este motivo suspensa nuestra union, para realizarse cuando don Enrique, cumplidos sus deberes como soldado, estuviese en el caso de pensar en sus obligaciones como amante. La pena que me causó su ausencia mejor la podrá imaginar cualquiera que haya pasado por ella, si quiso bien, que yo no la podré decir. En este intervalo me ví de nuevo rondada y perseguida de varios caballeros á quienes hasta entonces el respeto que don Enrique les infundia habia hecho guardar una distancia conveniente. A estos se habia agregado últimamente, y andaba mas porfiado que ninguno, el marques de Alcira, hombre rudo, orgulloso y pendenciero, muy preciado de su nobleza, disimulado y valiente hasta pecar en temerario. ¡Qué de cuidados me costó la importunidad de este sugeto! ¡cuántas veces intenté

hacerle desistir de su empeño, empleando ruegos y persuasiones, y tratándole por último con desprecio manifiesto! pero ni aun así me ví del todo libre de su porfia hasta la vuelta de don Enrique. Llegó por fin este dichoso dia; volví á ver á mi amante, y en él hallé un ejemplo de constancia; renováronse los preparativos para nuestra boda, y todo parecia encaminarse felizmente al término por entrambos tan deseado.

»Entre tanto veia yo, no sin algun recelo, que el Marques cultivaba la amistad de don Enrique con un esmero particular, y que andaba tan solícito en sus atenciones para con este como al parecer olvidado ya de mí. Pero el cuidado que pudiera inspirarme esta novedad, halló poco lugar en un pecho tan enamorado como el mio, donde ya solo reinaba el justo deseo de ver lograda mi próxima felicidad. La mañana del dia señalado para mi des-

posorio nos trasladamos mi padre y yo al palacio del Virrey, quien, por un efecto de la amistad que nos tenia, se habia constituido nuestro padrino. Desde allí, acompañados de nuestros amigos y parientes, la flor de la nobleza valenciana, pasamos á la Catedral, donde á la vista de un pueblo numeroso se procedió al cumplimiento de la ceremonia. Al presentarse conmigo don Enrique delante del altar, y al tomarme la mano, no deje de notar que la suya le temblaba; y no menos me admiró la espresion vacilante de su rostro, y la agitacion de sus miradas. Entonces el sacerdote, volviéndose á él, le dijo: "¿Queréis por legítima esposa á doña Leonor, etc.?" Y á esto (pero ¡cómo cielos tengo fuerzas para referirlo!) respondió don Enrique: ¡Nó! La admiracion y el espanto se apoderó de los ánimos de los circunstantes; pero el ministro, fingiendo no haberle entendido, repitió la pre-

gunta, y don Enrique volvió á pronunciar en alta y distinta voz el terrible Nó, que todavía resuena en mis oidos. Figuráos, gran Gonzalo, ¡cuál sería mi situacion en aquel momento! ¡cuál mi dolor y mi sorpresa! No contento con este golpe, llevó don Enrique su crueldad hasta el punto de quitarme la fama y la estimacion; pues dirigiendo la palabra al Conde mi padre y demas que estaban presentes, dijo: "Hasta aquí pudo abusar de mi credulidad esta muger infiel y deshonesta; mas ya es tiempo de publicar los desórdenes de su vida, y de presentar á la faz del mundo el carácter que la anima bajo su verdadero aspecto. Ninguna ocasion me ha parecido mejor que la presente para dar un castigo público á sus secretas liviandades. ¿La véis, esa Leonor que tan inocente y ruborosa se nos muestra? ¿no diríais que era un dechado de virtud y de pureza? pues esa misma admitió

anoche en su aposento á un hombre que, entrando por un balcon, pasó desde la calle á sus lascivos brazos. Esto que digo, yo lo ví, y lo sostendré de cualquier manera contra todo aquel que osáre desmentirme."

»Lo que pasó despues solo podré decíroslo de oidas, pues al llegar aquí don Enrique, me faltaron los sentidos, una nube espesa parecia ofuscar mi vista, y hubo de sucumbir mi naturaleza al peso de tan atroz acusacion; pues cuando volví en mi acuerdo me hallé en mi aposento, donde estaban conmigo solo mi padre y una de mis doncellas. Por esta he sabido que al desmayarme, y aun antes de concluir don Enrique su discurso, se levantó un murmullo general en la iglesia, se profirieron amenazas, y aun hubo quien echó mano á la espada para vengar el agravio que me hacia. Principalmente mi padre, á quien la cólera parecia restituir toda la energía de la juventud,

hubiera allí mismo lavado con la sangre de don Enrique tan negra afrenta, á no contenerle la santidad del sitio y la presencia del Virrey que interpuso su autoridad. "¡Vil calumniador! esclamó, ¡asesino de mi honra! ¿para ésto has traido alucinada á mi hija? ¿para llenarla de oprobio? ¿para entregarla al fin, aquí en presencia de Dios y de los hombres, á una infamia perdurable? ¿y es éste el galardon del amor que te tenia, y de la preferencia que te diera entre tantos que, mas dignos que tú, la solicitaban? pero no pienses, aleve, que esto ha de quedar asi: la vejez no quita la valentia: espada tengo, y en otro lugar....»

»Mas hubiera dicho mi afligido padre, pero el Virrey impuso á todos silencio, y dirigiéndose á don Enrique, le mandó que en el acto justificáse lo que habia dicho, ó que se dispusiese á ir preso á un castillo. Apenas acabó de hablar, cuando se adelantó el mar-

ques de Alcira, diciendo: "Si mi testimonio basta para confirmacion de la verdad, aquí le doy, y afirmo que el suceso en que don Enrique funda su queja, pasó tal como lo refiere, pues yo estaba con él á la sazon, y entrambos lo vimos al mismo tiempo."

"Basta, esclamó mi padre, basta marques de Alcira: ya es cierta mi desdicha, pues ¿cómo habian de mentir dos tan nobles caballeros? Venga ahora la muerte, y escóndase en el sepulcro la deshonra de mis canas."

» Con esto se mandó despejar el temblo, deshízose aquella reunion, y paró en duelo y pesadumbre una funcion que habia empezado prometiendo una alegría general: tan cierto es que nunca está mas cerca el pesar que cuando está en su mayor punto el placer.

» Al volver de mi desmayo, los primeros acentos que llegaron á mis oidos fueron los de mi padre, que en-

tre airado y afligido me decia: "Vuelve, Leonor, vuelve al estado de la muerte; cierra en noche eterna esos ojos, y no quieras abrirlos para ver la ruina de tu honor; no intentes apartar de tí la pesada mano de la muerte, que la vida en tal estado fuera mengua de tu nombre y de tu casa. ¡Oh, hija desgraciada! ¡oh, malogradas esperanzas! ¡quién me dijera que á tanto estremo habia de llegar tu desventura y mi dolor!" Esto decia mi padre, y entre tanto, como quien despierta de un sueño, iba yo recordando confusamente la causa de sus lamentos y el ultrage que se me habia hecho. Al considerar mi abatimiento, pensé desfallecer de nuevo; pero el amor propio, y el valor que inspira una conciencia sin mancilla, me animaron á vindicar mi honra; protesté vivamente contra la injuria de mi falso amante, llamé al cielo por testigo de mi inocencia; y con lágrimas enér-

gicas y abundantes, supliqué á mi padre suspendiese el juicio hasta tanto que el tiempo aclarase la verdad de un suceso tan inesperado y tenebroso.

»Finalmente, habiendo mi padre consultado con el Virrey sobre lo que convenia hacer en caso tan delicado, quedaron los dos de acuerdo en que se esparciese la noticia de mi muerte, á lo que el público fácilmente daria crédito; pues todos habian visto el accidente que me sobrevino en la iglesia. Con esto era de esperar que se mitigáse la murmuracion, y aun acaso que se convirtiese en piedad y sentimiento: mi culpa pareceria menos grave, pues habia satisfecho á ella con una muerte repentina; y asi en vez de censurada, seria yo de todos compadecida. Entre tanto podria una casualidad feliz sacar á don Enrique del error en que vivia: entraria en su pecho el remordimiento; y renovándose la aficion antigua, lloraria mi desgra-

cia, su injusticia, y la pérdida que en mí habia tenido; que nunca lo que se tiene se aprecia en su verdadero valor hasta que se pierde.

»Para la ejecucion de este designio se tomaron las medidas convenientes; y habiéndose corrido la voz de mi muerte, se encargó el mas profundo sigilo á los pocos que sabian la verdad, se depositó un ataúd cerrado en la bóveda de mi familia, y se me hicieron las exequias y oficios fúnebres como si verdaderamente no existiera. Mientras esto se hacia, yo estaba retirada y escondida en un cuarto secreto que habia en casa, adonde mi padre vino á buscarme una noche, y en la oscuridad y silencio de ella, me sacó de allí con la mayor reserva y precaucion, y me trajo á una casa de campo, que es esa que desde aquí se descubre. Al dejarme en ella: "Hija mia, me dijo, ya sabes el funesto acontecimiento que me obliga á fingir tu

muerte: lleva con paciencia este sacrificio, que de él confio que ha de resultar la confusion de tus acusadores y la reparacion de tu honor. En este retiro te queda por ahora y hasta tanto que la divina Providencia permita que vuelvas felíz y triunfante á la capital." Partió el Conde, dejándome con el poco acompañamiento que pide mi situacion presente, pero sin poner trabas á mi libertad. En esta soledad son mi único recurso la música, los libros, y el recreo que me proporciona este sitio tan ameno, adonde el acaso, ó quiza el destino, ha conducido vuestros pasos. He aquí, noble Gonzalo, la historia de mi infortunio, y el origen de las quejas que daba á mis solas cuando llegasteis."

"¡Infelíz Leonor! esclamó el héroe de Granada, ¡pero aún mas virtuosa que infelíz! ¿quién duda que en vuestro candoroso pecho estan, como en su propio centro, la virtud y la modestia?

Vuestros labios, bien lo veo, no respiran sino verdad, ni en vuestro hermoso rostro se descubre otra cosa sino el honor mas acendrado: ¡ay de aquel que con ponzoñoso aliento se atrevió á empañar su brillo; que yo á Valencia me dirijo, allí tomaré á mi cargo vuestra defensa, y vuestra causa será la mia!" Así habló Gonzalo, y saludando á Leonor, montó su caballo, y volvió á tomar el camino de la capital.

Despues de una corta jornada llegó Gonzalo á su destino, donde fue recibido con obsequios particulares, asi del Virrey como de todos los caballeros de la ciudad; y celebróse sobremanera su venida en aquella ocasion, pues su presencia en las justas que se preparaban, prometia dar á este espectáculo mayor lustre é interés. Mas ya no eran las justas, ni el aplauso que pudiera ganar en ellas, lo que ocupaba los pensamientos de Gonzalo, sino el cumplimiento de una palabra empe-

ñada, y la satisfaccion de un agravio hecho á una doncella virtuosa. Para este efecto, y para asegurarse de la justicia de su causa, habló con el conde de Villareal, consultó con el Virrey, é hizo las averiguaciones mas esquisitas, que fueron vanas, porque la verdad de este asunto se le encubria en las tinieblas del misterio mas profundo. En tal estado íbale pareciendo á Gonzalo temerario el empeño que habia contraido con Leonor, hacíasele irresistible el testimonio de dos personas tan distinguidas cual eran sus acusadores, y llegando á dudar de su inocencia, comenzó á vacilar en el propósito que habia formado de llamarlos á combate singular.

Con estas ideas y cavilaciones andaba Gonzalo confuso y pensativo, cuando un dia le ocurrió dar un paseo orillas del Guadalaviar, para meditar sobre el partido que mas le convenia en aquellas circunstancias. Saliendo,

pues, por la puerta del Real, pasó á la otra parte del rio, y llegó á una capilla donde estaba el monumento sepulcral erigido á la memoria de Leonor. Entrando en ella, se detuvo un momento para contemplar este lúgubre objeto; y estando en esto, oyó que hablaban dos personas en el pórtico inmediato. La curiosidad, ó mas bien una inspiracion del cielo, le obligó á inclinar el oido, y escuchó la conversacion siguiente:

"No sé (decia una voz de muger) no sé porque me llamas á este sitio para tratar de nuestras cosas, pues mas parece propio para infundir tristeza con la memoria del funesto y repentino fin de mi ama doña Leonor, que para disponer el ánimo á escuchar pretensiones amorosas."

"Por cierto (respondieron á esto) que á sospechar yo que á esta señora le habia de costar la vida la tramoya inventada por mi amo, el marques de

Alcira, nunca tomára parte en ella."

"Que tramoya, qué intriga es esa (dijo la criada de Leonor) esplícate, que no te entiendo."

"Sabe, pues (añadió el otro) que el haber hablado contigo aquella noche en que asomada tu á la ventana del cuarto de Leonor, te llamaba yo por su nombre y te requebraba, todo fue órden y disposicion del Marques, que me metió en ello para vengarse de los zelos que le daba tu señora."

"Y, ¿cómo consiguió este intento?"

"Haciendo creer á don Enrique que era Leonor la que conmigo hablaba: con lo cual logró perderla en el concepto de su amante."

"Pero ¿cómo lo pudo ver don Enrique?"

"Porque le trajo allí mi amo á tiempo que sabia estaríamos los dos hablando. Ya vés cuan fácil era que en la obscuridad de la noche, y mediante la ceguedad que los zelos oca-

sionan, le engañasen á don Enrique las apariencias, y que cayése en el lazo que se le habia tendido. En efecto, de allí se fue zeloso y despechado, proponiéndose al dia siguiente tomar la cruel venganza que hemos visto."

"¡Infeliz de mí! (esclamó la criada) luego yo he sido la causa inocente de la desgracia de mi ama; pero dí, hombre perverso, ¿qué causa tuviste para ejecutar una traicion tan negra?"

"Las amenazas del Marques y una oferta de mil ducados."

Aquí llegaban de su conversacion, cuando una esclamacion involuntaria de Gonzalo ahuyentó á los que hablaban, y se retiraron con presteza. Con el gozo que espirimentó Gonzalo al descubrir tan horrible trama, descuidó seguir á los cómplices; pero en cuanto al autor principal de ella resolvió en el acto echarle en rostro su perfidia, y obligarle con la espada á confesar su crímen, ó á espiarle con la muerte.

El dia siguiente, que era el primero de las justas que se iban á celebrar, se reunió Gonzalo á la comitiva del Virrey, que no era menos espléndida que numerosa, y todos juntos pasaron al círco, donde ya se esperaba con impaciencia su venida para dar principio á la funcion. Un gentio inmenso llenaba las gradas, y la belleza sinigual de las damas valencianas adornaba las galerías, que estaban cubiertas de ricas y vistosas colgaduras. Una ruidosa música de cajas y trompetas llenaba de alegría á los espectadores, infundiendo á los combatientes un ardor belicoso que parecia comunicarse á sus caballos, segun el desasosiego con que se les veía tascar el freno y escarbar la arena con sus inquietas plantas. Hechas ya las ceremonias de costumbre, iba á darse la señal para que empezase el torméo, cuando se levantó Gonzalo, y puesto en mitad de la plaza, frente del Virrey, le

suplicó suspendiese la funcion, y que mandase comparecer al marques de Alcira. Cesó de repente el bullicio, y prevaleció un alto silencio en todo el ámbito de la plaza. Luego, sin esperar á que se lo mandasen, el Marques, que estaba allí, se presentó á la vista de todos; y oyóse entonces á Gonzalo acusar á este aleve de la traicion cometida con Leonor, y de haber sido la causa principal de su muerte. Pasando despues á esponer las razones en que se fundaba, retó y desafió al Marques á entrar con él en batalla, si no queria confesar su culpa y restituir á la dama, ya que no la vida, el honor que por su culpa habia perdido. A esto respondió el Marques negando el cargo con tono firme y con una serenidad imperturbable: y quitándose luego un guante le echó en medio de la plaza. Alzó Gonzalo el guante, y obtenida la licencia de los jueces, saltó el Marques en la estacada, y vióse

convertido en campo de batalla un sitio destinado á empresas mas pacíficas.

Desnudó Gonzalo su terrible espada, diciendo: "En Dios confio y en la justicia de mi causa."

"Y yo, dijo su contrario (sacando la suya) en mi valor y en la fuerza de este brazo."

En seguida cruzaron los aceros, y trabóse la contienda tirándose el uno al otro, ya de punta ya de tajo, infinitos golpes, que los dos paraban con tanta facilidad y ligereza, que la vista mas aguda no era capaz de seguir los movimientos de sus armas. Veíanse relumbrar al rededor de sus cabezas los aceros de uno y otro; y los espectadores, al mirar el peligro de los combatientes, y su destreza en evitar la muerte, se estremecian y se maravillaban. Cubiertos de polvo y de sudor, porfiaban todavía los dos caballeros, y ya de ambas partes empezaba á correr la sangre y á flaquear el esfuerzo, cuando

Gonzalo alcanzó á su contrario, y le hirió mortalmente en el lado izquierdo. Soltó el Marques la espada, y reculando algunos pasos, dió consigo en el suelo. Fue sobre él Gonzalo, gritándole que declarase la inocencia de Leonor; á lo que el Marques, con voz doliente y moribunda, dijo: "Si haré, que no quiero en este último trance incurrir en la cólera del cielo, negando un hecho de que pende le felicidad de una familia ilustre. Sabed, pues, Gonzalo invicto, que Leonor ha sido calumniada, que don Enrique fue engañado, y que la causa de tanto mal fue un enredo inventado por mí y ejecutado por un mercenario; porque el amor..., los zelos...." Aquí le sobrevinieron las ansias de la muerte, y sin poder añadir otra palabra, exhaló el postrer aliento, y pasó desde allí á la eternidad.

Oida esta declaracion, no solo de Gonzalo, sino de varios caballeros que

rodeaban el moribundo, determinaron ir luego á participar al conde de Villareal el suceso, para que le sirviese de consuelo en su sentimiento. Con ellos fue don Enrique, abatido y desesperado, pues para él habian sido las últimas palabras del Marques un veneno, que entrando por los oidos, le habia llenado el alma de amargura. Ahora se le representaba al espíritu la imagen de su Leonor bajo el mismo adorable aspecto que antes cuando la queria: ahora lloraba su desgracia, y se lastimaba de haber sido la causa de tan enorme desastre. Sabido por el Conde este feliz acontecimiento, prodigó al magnánimo Gonzalo las espresiones mas afectuosas de reconocimiento; y disimulando la alegría que rebozaba en su pecho, se volvió á don Enrique, y sin desengañarle sobre la muerte de Leonor, le dijo. "Gracias, caballero, por la muerte de mi hija: lo hicisteis bravamente: bien hareis de

contarlo en el número de vuestros altos y honrosos hechos."

"Ah, señor, respondió don Enrique, ¿qué podré deciros, sino es que vuestra hija fué víctima de un error, y que yo soy el hombre mas desdichado de la tierra? Tomad de mi la venganza que querais, imponed penas, exigid sacrificios, que á todo estoy sumiso."

"Mi hija es lo que quiero, dijo el Conde, volvédmela si podéis: pero ya que eso no es posible, un medio os propondré, por el cual en algun modo me podreis indemnizar de tanto daño. Una sobrina tengo que nada desmerece á Leonor en hermosura, y que la semeja tanto que parece su copia viva: recibídla por esposa, y desde aquí morirá mi resentimiento." Desde luego fue aceptada y agradecida de don Enrique esta oferta; y quedó convenido que el dia siguiente se celebraria esta union en el Oratorio del conde de Villareal.

Aquella misma noche partieron Gonzalo y el Conde, con toda diligencia para la casa de campo donde estaba Leonor, á quien dieron noticia de todo lo ocurrido. Al amanecer ya estaban con ella de vuelta en la ciudad, y la entraron en casa con el mayor secreto y sin que nadie la hubiese visto.

Llegó la hora de efectuarse el enlace convenido, y se presentó don Enrique en el Oratorio, resuelto á cumplir la palabra dada en favor de la supuesta sobrina, si bien no dejaba de suspirar por Leonor, cuya memoria conservaba altamente en el corazon. Vino entonces Leonor, cubierta toda de un velo espeso que le llegaba hasta los pies, de manera que no era posible conocerla: y estando los dos en presencia del Sacerdote, preguntó el conde á don Enrique si guardaria ahora su palabra, y si se casaria con la que tenia delante: á lo cual respondió

don Enrique: "Si haré, aunque fuera una Etíope." Procedióse entonces á la ceremonia, diéronse los dos las manos, jurándose mutuamente una fé eterna, y echada que fue la bendicion, dejó Leonor caer el velo, y quedó descubierta y conocida á los ojos de su amante. Estático quedó don Enrique á su vista, y casi sin aliento esclamó: "¡Qué veo! ¡otra Leonor....!"

"No soy sino la misma, dijo la hija del de Villareal, que no he estado muerta sino en tanto que estuvo viva mi deshonra."

Y aquí dejarémos á los amantes disfrutar en paz y en buen hora la felicidad que el cielo les tenia reservada, y que solo suspendió un momento para que despues la alcanzasen con doble regocijo.

El Mudo por Amor.

«Esto ha podido el amor
que cuanto quiere atropella.»
L. de Vega.

Hubo antiguamente en la villa de Mataró, no muy distante de Barcelona, una viuda llamada Camila, jóven de veinte y cuatro años, y en estremo hermosa. Si la naturaleza la prodigó sus favores, tambien la fortuna la proporcionó los medios de vivir con desahogo; añadiéndose á esto ser Camila de una casa principal. Pero en medio de hallarse tan favorecida bajo todos aspectos, faltábale un requisito esencial para dar realce á un mérito tan sobresaliente, pues no se conocia en ella la

amabilidad; y era de una condicion tan desabrida, y en su trato tan esquiva y desdeñosa, que ahuyentaba con su rigor á los pretendientes mas atrevidos. Afectando una virtud severa, y profesando tener odio á todos los hombres desde la muerte de su marido, vivia Camila retirada en su casa, ocupándose en las atenciones domésticas, en las labores propias de su sexo, y en la educacion de un hijuelo, fruto de su amor primero.

Sucedió por aquel tiempo que un caballero principal de Barcelona, don Antonio Rocabert, tuvo ocasion de pasar á Mataró para visitar unas posesiones que tenia en aquellos contornos. Era don Antonio un jóven de bellísima presencia, soldado valeroso y muy cumplido caballero. Habiendo, pues, oido hablar de Camila, de su mérito singular y sus rarezas, y dejándose llevar de su aficion natural á las aventuras amorosas, se propuso cono-

cerla y enamorarla, aunque solo fuese por pasatiempo; no reflexionando que, como dice el poeta: "No hay burlas con el amor."

Rara vez salia Camila de su casa: sus visitas eran contadas; solo sí en los dias festivos se la veia acudir al cumplimiento de sus obligaciones religiosas. En una de estas ocasiones fue cuando don Antonio la vió por primera vez, despues de haber rondado inútilmente su calle por muchos dias; y aprovechándose de esta coyuntura, la saludó cortés y respetuosamente, la ofreció el agua bendita, é hizo cuanto pudo para llamar su atencion. Pero sin darse por entendida, estábase la recatada viuda sin levantar apenas los ojos del suelo; y don Antonio entre tanto no apartaba de ella los suyos. Concluida la misa salió don Antonio en seguimiento de Camila, y acercándose á ella, intentó con modo humilde y razones concertadas hacerla entrar en

conversacion, revistiéndose al efecto de todos sus atractivos: armas que el instinto indica á los amantes cuando meditan una conquista. Mas, vana diligencia; porque Camila cortándole bruscamente el hilo de un discurso bien estudiado, le despidió con sequedad; y habiendo llegado á la puerta de su casa, se entró sin hacerle el cumplido acostumbrado.

Triste, pesaroso y abatido, se retiró don Antonio á su posada, perdida la libertad y el albedrío; pues ya el ciego Dios, repartidor de gustos mezclados siempre de pesares, le contaba en el número de sus vasallos. En suma, don Antonio, sin echarlo de ver, habia quedado el hombre mas enamorado de la tierra. En tal estado, y sin apartar jamas de su pensamiento la imagen de su dama, revolvia en su imaginacion los medios de rendir á la cruel Camila, y de inclinarla á escuchar las honestas proposiciones que

pensaba hacerla. Conociendo las dificultades que habia para ser admitido en su casa, determinó escribirla un papel. Asi lo hizo, suplicándola que aquella noche le permitiese hablarla por las rejas de su casa, y pintando su amor con tal viveza y ternura, que se persuadió don Antonio tendria su billete el resultado mas lisonjero. "Ambrosio, dijo don Antonio llamando á su criado, toma este billete, y no vuelvas á mi vista hasta ponerle en manos de Camila. Bien sé que la empresa es árdua; pero tu tienes habilidad, y yo soy agradecido."

"Quedaréis servido, respondió Ambrosio, ó yo he de poder poco:" y con esto partió para llenar los deseos de su amo, prefiriendo, como buen criado, las obras á las razones.

Era efectivamente Ambrosio uno de aquellos hombres ingeniosos á quienes nunca faltan los recursos cuando se trata de llevar á efecto una trave-

sura. Habiéndose, pues, provisto de una porcion de cartas fingidas, se transformó en dependiente de la estafeta de la villa, se dirigió á la casa de Camila, y llamando reciamente á la puerta, gritó: "¡El cartero!" Abriéronle sin tardanza; y Ambrosio, dejándose de ceremonias, se introdujo hasta la estancia donde estaba Camila, á quien presentó la carta de su amo, fingiendo sacarla de entre las demas supuestas. Hecha esta diligencia, se salió de allí apresuradamente, sin esperar á cobrar el porte, para reclamarlo con intereses de su amo, á quien dió cuenta de su comision, recibiendo de él una generosa recompensa.

No veia don Antonio llegar la hora de acudir á las rejas de Camila: parecíale que tardaba mas de lo ordinario en llegar la noche, que para él (segun se imaginaba) habia de ser la aurora de sus dichas, y que no fue sino el preludio de sus infortunios. En

efecto, con mas puntualidad de lo que era menester, y sin poner jamas en duda la condescendencia de su dama, tomó su puesto debajo de sus ventanas, tan luego como vió tendido el pardo velo de la noche sobre la tierra. Largo tiempo se mantuvo en la mas penosa espectativa, sin oir una voz, sin sentir la menor seña; por lo que, templando una vihuela que traia, quiso probar el efecto que haria la música, y se puso á cantar de esta manera:

En tanto, Camila hermosa,
que tu duermes con descuido,
desvelado yo y rendido,
solo estoy pensando en tí.

Con inclinacion forzosa
el amor mis pasos guia
á tus rejas, á porfia,
porque te duelas de mi.

No desoigas, dulce dueño,
quejas que salen del alma,

ó bien vuélveme la calma
y el sosiego que perdí.

Sacude el pesado sueño,
y escuchame complacida,
si no quieres que mi vida
tenga triste fin aquí.

Calló don Antonio, y volvió á reinar el mayor silencio. La cruel Camila, insensible á sus desvelos, ó no le oia ó no le queria oir. Asi es, que el mísero amante, no viendo señal alguna de correspondencia, se retiró cuando ya los albores del Oriente anunciaban el venidero dia. A tanta severidad no podia ser indiferente un corazon tan apasionado como el de don Antonio. En efecto, llegó á perder el sueño y el apetito, enfermó gravemente, y ya se le veia al triste joven caminar á pasos largos á la muerte. En tal estado solia comunicar sus penas á su fiel Ambrosio, el cual, despues de ha-

berse encargado inútilmente de varias embajadas, sin que valiesen riquísimos regalos ni finezas repetidas para ablandar á la inexorable viuda, discurrió por fin un medio para que su amo la pudiese hablar. Presentóse pues un dia en el cuarto de don Antonio, con una gran cesta llena de varias chucherías, como cintas, pomadas, estuches, y otras cosas como las que venden los italianos por la calle, y poniéndolo todo en el suelo, esclamó: "Albricias, señor, que este es el dia en que vais á ver y hablar á Camila."

"¡Eso dices! respondió don Antonio, ¡será posible! ¡ah! plegue á Dios que tu zelo no te engañe; pero esplícate, que ya me tarda saber el proyecto que has formado."

"¿Veis, señor, dijo Ambrosio, estos trastos que traigo aquí, esta barba postiza, y esta peluca cenicienta? pues he aquí vuestros conductores para entrar en casa de Camila. Hoy habeis de

hacer el papel de mercader ambulante: iréis á la calle de nuestra enemiga á vender estos objetos, y ella os ha de llamar, ó no es muger."

Algo repugnante se le hacia á don Antonio esta empresa; pero el amor, que todo lo allana, le dió fuerzas para intentarla. Púsose la peluca, se acomodó la barba, y con la banasta por delante, pendiente de una correa que le pasaba por el cuello, se salió á campaña. Asi que llegó á la calle en que vivia Camila, se puso á pregonar á voces su hacienda, sin hacer el menor reparo. A poco de estar allí, empezaron á llamarle; pero no de la parte que él queria; y aunque algunas veces se hacia el sordo, otras era forzoso acudir á los compradores; y en estos casos daba casi de balde lo que le pedian. Por último, la fortuna que, como dicen, ayuda á los atrevidos, vino á sacarle de este empeño; pues vió don Antonio abrirse una de las ventanas

de la casa de Camila, que era lo mismo que si viera abrirse el cielo; y asomándose la viuda le hizo seña para que entrase. No fue menester decírselo dos veces, pues luego entró don Antonio, y saludándola amorosamente, puso á sus pies cuanto traia.

"Véamos, dijo la viuda, examinando la cesta, lo que teneis aquí."

Oh ci sono cosette molto belle, dijo el encubierto amante.

"¿Cuánto quereis por esta peineta?" preguntó Camila.

Niente, signora, é fatto il pagamento: tutto é vostro.

Echóse á reir Camila de ver un genovés tan garboso y cumplimentero. Entonces don Antonio, sacando un precioso aderezo de brillantes que traia escondido entre las demas cosas, se lo presentó, diciendo: *Deh, signora, degnatevi d' accetare in dono questa bagatella.*

"¿Qué es ésto? dijo Camila, ¿có-

mo puede ser que vos me querais dar una joya de tanto precio?"

"Ah, señora, respondió don Antonio, no solo eso, pero la vida y cuanto poseo daré yo por serviros y complaceros."

Al oir Camila estas espresiones, y viendo trocarse de repente el acento estrangero en fino castellano, esclamó turbada: "Ea, decidme ya quién sois, y sepa yo lo que hay aquí"

"Aquí, señora, dijo don Antonio (arrojando al suelo su disfraz y echándose á sus pies) aquí lo que hay es un amor acrisolado, pero mal correspondido, una pasion que me consume, y un vivir sin esperanza, que es el peor género de muerte. Desde el primer dia en que os ví, por mi dicha ó por mi desgracia, perdí por vos la paz del alma, el sosiego y la salud. Ya no hay fuerzas para resistir á tanto rigor; así que, señora, de aquí no me levantaré sin que primero pronunciéis sobre mi

suerte; pero mirad que mi vida está entre vuestras manos, y que no os puede estar bien habiéndome robado el corazon, que os negueis á darme el vuestro. Mi calidad, mis riquezas, mi valimiento, son cosas que no podeis ignorar: todo lo pongo á vuestros pies juntamente con mi persona; que con ser vuestro esposo, habré llegado al colmo de mi ambicion.

Esto dijo don Antonio; y Camila, confusa y ruborosa, sintió cubrirse su frente del carmin de la modestia; pareciendo asi no menos bella que la rosa, cuando, en mayo, desplega á los rayos del sol naciente los encantos de su seno. Sin acertar por de pronto á responder á esta declaracion, dijo al fin Camila: «A mucho me obligan, señor don Antonio, vuestro amor y vuestras finezas: todo lo estimo; pero dispensádme de favorecer vuestras pretensiones. Una vez fuí navegante felíz del mar de amor; y no quiero tentar

el cielo, esponiéndome de nuevo á los peligros de ese piélago en que tantos han naufragado, y en que solo se ven lástimas, desesperaciones y escarmientos. Viuda soy; libre y sola quiero vivir: esta es mi resolucion, haced como yo, y vereis cuan bien os va."

No por eso dejó don Antonio de volver á la demanda, procurando distraer á Camila de su propósito por cuantos medios el ingenio le sugeria; mas ella, firme contra los embates de don Antonio, cual roca en medio de las olas, hizo conocer al pobre amante con su resistencia la inutilidad de sus esfuerzos. Viéndose pues don Antonio en la precision de abandonar esta empresa, dijo á Camila, con el dolor de su corazon, y con la espresion mas afectuosa, las palabras siguientes: "Ya, señora, que del todo me quitais la esperanza de ser vuestro, y que es fuerza ausentarme de vos para siempre, á lo menos merezca yo, en esta

nuestra separacion definitiva, que me deis, en galardon del fino amor que os tengo y tendré mientras viviere, un solo abrazo; que con este favor será menos mi pesar, y mi partida menos dolorosa.

Sorprendida quedó Camila, y suspensa, al oir tal proposicion; y despues de un rato dijo: "Ahora bien, señor don Antonio, este abrazo que me pedís, os lo concederé si primero me jurais de cumplir religiosamente lo que exigiere de vos; pues quiero ver si vuestro amor es tan vivo y síncero como ponderais; y si en efecto me guardais el juramento, creeré ser de vos tan amada como ponderais." Juró el incauto amante hacer cuanto ella le mandase: y entonces Camila, inclinándose hacia él, le echó al cuello sus hermosos brazos, y cumplió con su promesa. "Ya veis, dijo Camila entonces, que el contrato esta cumplido por mi parte; y no dudo, pues sois caba-

llero y noble, que tambien lo será por la vuestra, y que observareis el precepto que os voy á imponer. Digo, pues, que en fé de la obligacion contraida, quiero que desde la hora presente hasta que sea pasado un año, no hableis una sola palabra con persona alguna, de forma, que por el espacio de un año cumplido quedeis enteramente mudo."

¡Quién podrá esplicar la confusion de don Antonio, su sorpresa y arrepentimiento, al escuchar una sentencia tan temeraria! Imposible parecia ejecutarla íntegramente; pero no obstante, resolvió estar á lo tratado; y haciendo entender á Camila, por señas y sin desplegar los labios, que seria obedecida, la saludó con la mano y volvióse á su posada.

No teniendo ya don Antonio para qué permanecer en Mataró dió la vuelta á Barcelona, donde fingió haber perdido repentinamente el habla; y en bre-

ves horas se divulgó por toda la ciudad la noticia de un suceso tan singular. A todos causaba admiracion el accidente que padecia; todos se lastimaban de este trabajo; y nuestro ilustre mudo, satisfaciendo á la multitud de preguntas que le hacian, respondia por señas ó por escrito, atribuyéndolo á la voluntad del cielo.

Hallándose las cosas en este estado, tomó don Antonio por mejor partido el ausentarse de su patria, para volver á ella y al dulce trato de sus amigos cuando se cumpliera el plazo señalado por Camila. Para este fin tomó las medidas convenientes, y habiendose equipado de lo necesario, se despidió de sus amigos, con sentimiento de todos ellos, salió de Cataluña, y pasó á Leon de Francia. Aquí tenia su corte, en aquel tiempo, el Rey Cárlos VII, que se hallaba empeñado en una guerra cruel con los ingleses, dueños entonces de una gran parte de aquellos

dominios, que habian arrebatado á los anteriores reyes de Francia por la fuerza de sus armas. Meditaba á la sazon el Rey Cárlos la conquista de la Normandía, y para ello hacia los mayores aprestos, proponiéndose marchar en breve sobre Ruan, plaza fuerte de aquella provincia. Pero antes de poner sus tropas en movimiento, ordenó el Rey que se hiciese un solemne torneo, con el intento de reconocer por este medio el espíritu y valor de los caballeros que le acompañaban.

Reunidos los grandes del reino, y rodeado el Monarca de lo mejor y mas lucido de su nobleza, concurrieron todos al anfiteatro, y despues de las ceremonias acostumbradas, entraron los campeones en la liza. Pero ¿cómo es posible referir las suertes peregrinas que allí se hicieron, la destreza y valor de los combatientes, las carreras, los escarcéos, las lanzas rotas, las heridas y las glorias de aquel dia? Em-

pero conviene decir que entre los que mas se habian distinguido en aquella jornada, sobresalia un caballero á quien poco le faltaba para quedarse dueño del campo, pues arrollaba á cuantos se le oponian, sin que ninguno fuese capaz de resistirle. Su divisa era, en campo azúl tres estrellas, con este mote: *Despues de Dios el Rey, despues del Rey mi dama.*

Entonces se presentó el rey de armas anunciando que un estrangero ilustre, recien venido, pedia permiso á á S. M. para entrar en la palestra á probar fortuna. Fuéle al punto concedido, y se presentó don Antonio, armado de todas armas y montado sobre un brioso caballo cordobes. Bizarro como español, y galan como él mismo, llevábase la atencion de todos, y todos ponderaban su aire marcial y gentil figura. Su divisa era el retrato de Camila, con un letrero que decia: *Amar, callar y sufrir.* Hizo don An-

tonio el debido acatamiento al Monarca francés; y habiendo dado una vuelta á la plaza, se puso á esperar á el contrario que la suerte le deparase. Salióle al encuentro el héroe del dia, el terrible caballero de las estrellas; y tomando los dos carrera, vinieron á dar el uno contra el otro con tanta furia, que las lanzas de entrambos saltaron hechas astillas. Otras les fueron prontamente alargadas, y otra vez volvieron á embestirse con no menos ímpetu que la primera; pero don Antonio con mas pujanza ó mas fortuna, le dió de lleno al francés tan fuerte bote, que le sacó de la silla, y lo derribó de su caballo. En seguida el generoso español, arrojando la lanza, y echando pie á tierra, sacó su espada toledana, y haciendo otro tanto el caballero de las estrellas, comenzó de nuevo la pelea, en que manifestaron uno y otro su destreza en el manejo de las armas, junto con un valor y un

esfuerzo sin igual. Por último, queriendo don Antonio desarmar á su contrario, consiguió de un revés hacerle saltar la espada de la mano, y recogiéndola del suelo se la volvió al francés con aire de vencedor. Oyóse entonces resonar el círco todo con los aplausos que se prodigaron al caballero del retrato; y el Rey, deseoso de conocerle y de agraciarle, le mandó llamar, y hablóle con el mayor agrado é interés; pero don Antonio, sin pronunciar palabra, se ponia el dedo sobre la lengua, y mirando al cielo meneaba la cabeza. Con esto comprendieron todos que era mudo, y fue general el interés que inspiró su desventura, especialmente á las damas, cuya compasion se manifestó en los términos mas lisongeros: y no era mucho que asi sucediese, mirando el valor, el aspecto interesante, y el mérito de don Antonio.

El resultado de este suceso fue que

el Rey admitió gustoso la oferta que don Antonio le hizo de acompañarle en la guerra contra los ingleses; y no se pasó mucho tiempo sin que éste tuviese nueva ocasion en que distinguirse. Marchó el ejército, sentó el Rey sus reales bajo los muros de Ruan, y dióse principio al sitio con la mayor actividad. Aquí todo se volvia asaltos, encuentros, escaramuzas; y don Antonio, siempre el primero en estos lances, animaba á los suyos con el ejemplo, y esparcia entre las filas enemigas el terror y la muerte. Rindióse al fin la plaza, y con ella volvió al poder de Cárlos toda la Normandía, debiéndose en gran manera tan felíz suceso á los esfuerzos de don Antonio. Viendo, pues, el Rey lo mucho que debia á los servicios de tan buen soldado, le colmó de honores y de mercedes, distinguiéndole entre todos con el favor que le dispensaba. Y pues le amaba sobre manera, y estaba deseoso de que sanase de su enfer-

medad, hizo publicar un bando, intimando como en su servicio tenia un caballero que en un solo dia habia quedado mudo, y que si alguno conseguia efectuar su cura, tendria cien mil escudos por recompensa.

Circuló esta noticia por toda la Francia, y aun se estendió hasta España; por lo que muchos, atraidos de tan poderoso aliciente, hicieron prueba de su habilidad, pero sin ningun fruto, como ya se deja discurrir, puesto que el fingido mudo no hablaba porque no queria. Cansado al fin el Rey de la multitud de pretendientes que se presentaban, sin que ninguno diese por resultado mas que vanas esperiencias, hizo publicar otro bando, en que prevenia á los que en adelante se encargásen de la cura de don Antonio, que si despues de un término señalado no la hubiesen conseguido, perderian irremisiblemente la cabeza. Ya con esto cesó el gran número de

médicos y profesores: pero en el intermedio habia cundido tanto la fama de este caso, que llegó á saberse en Mataró, y aun á conocimiento de Camila. Esta que sabia el secreto de la enfermedad de don Antonio, no pudo menos de admirar la constancia de su amante, atribuyéndola mas bien al amor que la tenia que no á respeto por su juramento. Conociendo, pues, que iba á espirar el plazo, pues estaba ya para terminar el año, se resolvió á pasar á Francia, para desatarle la lengua al mudo, y grangearse con esta hazaña la admiracion de todo el mundo, bien persuadida que á la menor seña suya hablaria don Antonio y la haria quedar airosa.

Con este pensamiento, se puso en camino para Francia, llegó á Paris, y presentándose en la corte, restituida ahora á la capital, anunció su venida para el efecto de curar á don Antonio, afectando tener para ello un remedio

infalible, y consintiendo en perder la vida si no salia con lucimiento de la empresa. Remitió Camila para el dia siguiente, á una hora determinada, la celebracion de su triunfo. Fijado asi el plazo, se hizo entre tanto conducir al alojamiento de don Antonio, y viéndose sola con él, le dijo, con estilo tierno y espresivo: "¿Me conoceis, señor don Antonio? mirad que soy Camila, aquella á quien tanto amábais en Mataró; y conociendo, por los sacrificios que en mi obsequio habeis hecho, el fino amor que me teneis, he venido á poner término á vuestras penas." A esto respondió don Antonio por señas y sin abrir la boca, haciéndola entender que bien la conocia; pero sacando la lengua, como otras veces, la tocó con el dedo y se encogió de hombros.

El taimado amante, en medio del amor que profesaba á Camila, no pudo resistir á la ocasion que se le ofrecia de vengarse de la crueldad de su

dama; que al fin es dulce la venganza si bien es una pasion villana. Asi que se propuso castigarla y reducirla al último estremo. Entre tanto, Camila empezó á entrar en recelo, viendo que don Antonio no pronunciaba palabra, y con lágrimas y ruegos le instó de nuevo para que habláse, diciéndole que le absolvia de aquel juramento fatal, y que estaba pronta, por su parte, á hacer por él cuanto fuese de su gusto: que mirase el compromiso en que la veia, y que no la espusiese al peligro de perder la vida. A todo esto el implacable amante no hacia mas de encogerse de hombros y tocarse la lengua con el dedo.

Desesperada y arrepentida, no sabia Camila qué partido tomar en tan amargo conflicto. Pero, persuadiéndose que la obstinacion de don Antonio no duraria mas que hasta la hora crítica de la prueba, se animó á esperar el fin del plazo; y al dia siguiente se pre-

sentó con confianza en el sitio señalado para la consumacion de esta cura milagrosa. Aquí, hallándose en presencia de don Antonio y de un concurso numeroso, intimó y conjuró á su amante que habláse; pero no hubo respuesta; y la pobre Camila, viendo el silencio de don Antonio, llegó á sospechar que efectivamente habia quedado mudo, y se dió por muerta. En efecto, se la notificó á la infelíz que se dispusiese á morir á el dia siguiente, y desde allí la condujeron á una prision. Entonces don Antonio, satisfecho de la venganza que habia tomado, fue á echarse á los pies del Rey, y desatando á su lengua de las prisiones que la entorpecian, empezó á hablar con admiracion y gusto de cuantos le oian. Luego, contando todo el caso, esplicó la causa de tan largo silencio, solicitó y obtuvo el perdon de Camila, y en el mismo dia se celebró, bajo los auspicios del monarca, el desposorio del

mudo fingido con la viuda de Mataró.

Y aquí, lector amable, tendrán fin por ahora mis tareas. Si con ellas he conseguido hacerte olvidar algun cuidado, ó si en efecto te han servido de distraccion, habré alcanzado mi principal objeto, y creeré no haber vivido del todo inútilmente. Y puesto que has tenido la consideracion de acompañarme hasta el fin de la jornada, recibe por ello la espresion de mi reconocimiento, y la seguridad de que si merezco tu aprecio, vendrá dia en que nos volvamos á ver, y comparezca de nuevo á tus ojos sin rebozo ni disfraz. Por esto, al despedirme, quisiera dejarte una impresion favorable, y que conserváses al Solitario gratamente en la memoria. Entre tanto el cielo derrame sobre tí sus bendiciones y á mi no me olvide. Prosigue ahora en tus negocios y diversiones, que yo á mis soledades vuelvo.

FIN.

ÍNDICE.

	FÓLIOS.
El Sueño.	1.
Matilde y Teodoro, ó los Gemelos.	17.
El Serrano de las Alpujarras.	63.
El Cuadro Misterioso.	95.
El Agravio Satisfecho.	159.
El Mudo por Amor.	193.

U

LS
T 1841
306755
Author
Title Tareas de un solitario.
NAME OF BORROWER.
DATE

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED